
La última propuesta
Libro uno de la Serie Familia Dunne
Chasity Bowlin
Autora bestseller de USA Today

LA ÚLTIMA PROPUESTA

LA SERIE DE LA FAMILIA DUNNE

LIBRO 1

CHASITY BOWLIN

Copyright © 2016 by Chasity Bowlin

All rights reserved.

No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, without written permission from the author, except for the use of brief quotations in a book review.

Creado con Vellum

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13

Otras Obras de Chasity Bowlin

A todos los que aman los cuentos de hadas.

PRÓLOGO

Grantham, 1816

Algernon Dunne entró en la posada Angel and Royal en las primeras horas de la mañana. Los clientes dormían en el suelo de la sala común, roncando suavemente por agotamiento o excesos. El posadero a quien había despertado lo fulminó con la mirada.

No tenía paciencia para el mal genio del hombre y poca disposición para lidiar con ello. Como siempre, el dinero era el método más expedito para allanar su camino. —Lord Holland tiene una habitación aquí. Diríjame a ella.

El posadero negó con la cabeza—: Enviaré a una criada para no molestar a la señora.

Algernon colocó otra moneda junto a la primera—: No es necesario. La llave, si es tan amable.

El posadero sacó una llave y se la pasó—: Termine sus asuntos y márchese, todos ustedes. No sé qué anda buscando ninguno de los dos, pero esa chica no es su esposa y no está bien. No permitiré que alguna joven de buena familia muera en mi posada y arruine mi negocio.

—Qué alma tan compasiva es usted —dijo Algernon con sequedad y se volvió hacia la estrecha escalera.

—La habitación es la última al fondo del pasillo —dijo el posadero, y su tono era tan frío como antes.

Subiendo las escaleras lentamente, Algernon no tenía idea de lo que encontraría al abrir esa puerta. Fuera lo que fuese lo que había más allá, sabía que sus vidas cambiarían irrevocablemente por ello.

Introduciendo la llave en la cerradura, el mecanismo bien engrasado giró sin hacer ruido. Al posadero quizá le faltara compasión, pero claramente era diligente con el mantenimiento de su propiedad.

La puerta se abrió hacia adentro con un suave whoosh. Había suficiente luz entrando por las ventanas para iluminar a la pareja tendida en la cama. No había confundirlo con un encuentro íntimo. El hombre estaba vestido, acostado sobre las sábanas, observando el rostro pálido y demacrado de la mujer como si cada aliento pudiera ser su último.

—¿Qué pasó? —preguntó Algernon en voz baja.

—El cochero borracho de Melville los envió al río —respondió la voz suave, casi un susurro—. El cochero está muerto. Melville también. Pero Olivia sobrevivió por el simple hecho de que Melville le había atado las manos y las había sujetado a un gancho dentro del carruaje... De lo contrario, se habría ahogado con ellos. El impacto le dislocó el hombro. Ayudé al médico a acomodarlo antes.

El corazón de Algernon retumbó en su pecho. Ella era su única familia, todo lo que le quedaba. Y casi la había perdido. —Necesitas irte, Burke. Antes de que alguien te descubra aquí.

Lord Burke Holland se levantó de la cama y lo fulminó con la mirada—: Entonces me iré antes de que mi presencia la manche aún más... Pero necesitas preguntarte, Algernon, qué papel tuviste en esta casi tragedia.

—¿Qué papel tuve yo? —exigió, indignado por la acusación—. ¡Jamás habría permitido que Melville se acercara a ella! Olivia fue imprudente y casi pagó el precio máximo por ello.

—No imprudente —lo corrigió Burke—. Desesperada. Sola. Vulnerable por tu maldito orgullo.

Las palabras escocieron principalmente porque eran ciertas. Pero Algernon no aceptaba nada de eso. Eran admisiones que no estaba

dispuesto a hacer—: Has ido demasiado lejos.

Burke continuó—: Estás tan inflado por tu propia situación que no ves que le has hecho la vida miserable... ella es solo otra cosa que exhibes para mostrarle al mundo cuán por encima estás. Pero no es una obra de arte ni una reliquia invaluable. Es una mujer de carne y hueso a quien se le ha negado su propia vida durante demasiado tiempo.

La furia que esa acusación despertó en él se alimentó de culpa—: ¡No le he negado nada! ¡Eres tú quien se siente negado...! ¿Debería haberte dado permiso para cortejarla entonces? ¿Para colmarla de baratijas y gestos románticos hasta que aceptara casarse contigo?

—¡La amo! ¡La he amado durante años y haría cualquier cosa para hacerla feliz!

Algernon estaba más que furioso, más allá de preocuparse porque las palabras que escapaban de él destruirían a un hombre que había llamado amigo, un hombre que había arriesgado todo para salvar a su hermana de un oportunista—: No eres mejor que Melville. ¿Qué tienes para ofrecerle? ¿Una reputación hecha jirones? ¿Una familia llena de granujas? ¿Una sede familiar que se desmorona a tu alrededor? Dices amarla... pero ella nunca estaría segura, ¿verdad, Burke? ¡Siempre quedaría la duda de si la amabas a ella o al dinero!

Burke se lanzó contra él entonces, derribándolo al suelo. El puño que aterrizó en su mandíbula fue como acero, el impacto le sacudió todo el cuerpo. Burke era más pesado, más grande, pero Algernon contraatacó, asestando varios golpes aturdidores propios. Forcejearon, ambos hombres en un arranque de furia y mal genio.

Ambos estaban ensangrentados y sin aliento, pero ninguno cedía terreno. Solo el suave gemido desde la cama, un sonido de dolor y angustia, hizo que los hombres se separaran.

Burke se levantó y se dirigió hacia la cama, pero Algernon no lo permitió—: No es tu lugar atenderla —dijo con aspereza.

Burke se detuvo, paralizado a mitad del paso. Echó un vistazo por encima del hombro a Algernon—: Vete al infierno —dijo. Pero no hizo ningún movimiento para acercarse a la cama. En cambio, agarró su abrigo donde lo había dejado y salió furiosamente a la noche.

Algernon se acercó más a la cama justo cuando Olivia abrió los ojos. Incluso en la penumbra, podía ver el moretón oscuro en su frente y las numerosas raspaduras y magulladuras que lo acompañaban. Su brazo derecho estaba sujeto al pecho.

—Burke —susurró.

—Se fue, Livi —dijo Algernon suavemente.

—Melville está muerto —susurró—. Está muerto y me alegro. Soy una persona horrible.

—Tonterías —la tranquilizó. Había una botella en la mesa que obviamente contenía láudano. Alcanzándola, puso varias gotas en un vaso y se lo acercó a los labios—: Duérmete, Liv. Todo se verá mejor mañana.

1

En el comedor de la casa urbana de los Dunne en Mayfair, Olivia estaba sentada a la izquierda de su hermano mientras él hojeaba el periódico matutino. El trozo de papel escondido en la manga de su bata matinal pesaba como plomo. No era una conversación que anticipara con gusto, pero era necesaria.

Tras respirar hondo, se lanzó de lleno. —Algernon, he estado pensando que debería mudarme a una casa propia.

Su sorpresa fue evidente en el frío arqueo de una ceja. —¿Por qué querrías abandonar tu hogar? —preguntó, alcanzando su taza de café. La bebida amarga se había convertido en un ritual matutino para él.

Lo impactaría. Posiblemente lo enfurecería, pero había aprendido por las malas cuán peligroso era guardar secretos de su hermano. Recuerdos largo tiempo enterrados se agitaron en ella: Melville y su torpe intento de raptarla para fugarse a Escocia. Recuerdos del dolor y miedo posteriores, de ver el cuerpo sin vida de Melville flotando en el agua que inundó el carruaje tras el accidente. Después de eso, todo se volvió más borroso, perdido en una neblina de dolor y láudano.

Perturbada por sus propios pensamientos, habló con la mayor objetividad que sus nervios y vergüenza permitían. —He decidido tomar un amante.

Algernon atragantó con el café que acababa de tomar— su rostro enrojeció y sus ojos se llenaron de lágrimas mientras tosía. Cuando finalmente recuperó el aliento, exigió: —¿Qué diablos te pasa, Olivia? ¡Eso es imposible!

—Algie —dijo, recurriendo al apodo infantil que solo ella podía usar—, ambos sabemos que no me casaré... no ahora. Mi reputación está irreparablemente arruinada y cualquier propuesta sería de viejos buscando enfermeras o jóvenes imprudentes que ambicionan mi fortuna. Puedo haber caído, pero mis estándares no. No quiero nada de eso. Pero eso no significa que esté lista para entrar a un convento.

Sabía que sus palabras, al menos al principio, no lo convencerían. También estaba segura de que si persistía, él cedería. Así que permitió su protesta.

Su tono era estridente y muy firme. —Primero, eres una mujer soltera y no puedes vivir sola. Segundo, independientemente de tu reputación, tú y yo sabemos que eres completamente inocente. Si bien hay mujeres en este mundo, en situaciones mucho peores que la tuya, que dan sus cuerpos sin entregar sus corazones, tú no eres una de ellas. Este disparate te romperá el corazón.

Olivia suspiró al comenzar a refutar los argumentos. Estaba completamente preparada para todos. —No soy inocente. Puedo ser virgen, pero no soy inocente. Ya no. La inocencia implica que ignoro cuán cruel puede ser el mundo, y eso ya no es cierto. En cuanto a que me rompan el corazón, prefiero que me lo rompan a permitir que simplemente se marchite en mi pecho... ¿Acaso es tan terrible desear pasión en mi vida? ¿Sentir algo más que la temida monotonía de levantarme cada mañana y que cada día sea exactamente igual?

Algernon empezó a hablar, pero ella alzó la mano y continuó. Mientras hablaba, su voz subió sin intención. Gritar no era algo que Olivia hiciera. Siempre serena, siempre circunspecta, su comportamiento siempre correcto; pero la decencia la había defraudado miserablemente. —Me despierto. Desayunamos. Tú sales a atender negocios o vas a tus clubes o visitas a tu amante—y no creas que ignoro eso—y yo me quedo aquí. No hay visitas. Nadie vendrá a esta casa a verme.

Se levantó abruptamente, su silla casi volcándose hacia atrás, y comenzó a caminar por la habitación mientras proseguía: —Luego reviso el correo y la dolorosamente escasa pila de invitaciones que recibimos... bueno, la dolorosamente escasa pila dirigida a ambos. Después, almuerzo. Luego me siento. Luego tomo el té. Luego me siento. Luego cenamos y, posiblemente, salimos a una fiesta o baile después, donde asistiré y me sentaré porque, aunque fui invitada por cortesía hacia ti, realmente no soy bienvenida. Nadie me hablará, nadie bailará conmigo, a menos que sea algún viejo libertino que crea que estoy disponible o algún cazador de fortunas que piense que estoy desesperada por un marido.

Cuando terminó, Olivia volvió a su silla y se sentó. Aparte de su rostro levemente sonrojado, no había indicios de que acabara de despotricar como una loca o gritarle a su hermano como una pescadera.

La preocupación estaba grabada en el rostro de su hermano. La miró como si fuera algo frágil a punto de derrumbarse. —Me quedaré más en casa. Pasaremos más tiempo juntos. He sido horriblemente egoísta al dejarte tan sola—. Su oferta fue interrumpida por el estruendo de vajilla rota.

El plato del desayuno que había estado frente a Olivia ahora yacía hecho añicos al otro lado de la habitación. No estaba muy segura de cómo había sucedido. Seguramente debió haberlo arrojado, aunque semejante despliegue era completamente impropio de ella. Por supuesto, estaba discutiendo con su hermano mayor sobre su derecho a tomar un amante. Muchas cosas de esa mañana eran bastante impropias de ella.

—¡Tú no puedes entenderlo! —dijo, su voz temblaba de frustración e ira contenida—. ¡No quiero que abandones tu vida! ¡Quiero construir una propia! No, no será la que se había previsto para mí. Matrimonio, familia... eso se acabó. Pero puedo tener amigos y puedo tener un amante, si acepto que mi lugar en la sociedad ya no es aquel para el que nací... Tú necesitas vivir tu vida, Algie. Necesitas encontrar esposa, y no lo harás mientras yo esté en esta casa. Ninguna mujer respetable vivirá aquí mientras yo resida. ¡De no ser por mí, ya te habrías casado!

Abrió la boca para protestar, pero las palabras para hacerlo todo desaparecer simplemente no existían. Esta no era la rodilla raspada de su infancia, ni el desaire de una chica malvada. Esos pequeños dolores había calmado con bastante facilidad. Esto era algo completamente diferente. —Olivia—

Ella alzó la mano, deteniendo sus protestas. —Mi reputación, Algie, ya está hecha trizas. Lo ha estado durante la mayor parte del año pasado. A los ojos de la alta sociedad, estoy bien y verdaderamente arruinada.

Era un hecho que no podría discutir. Su reputación estaba más allá de toda reparación, aunque no por culpa suya. Aun así, tomar un amante no era un emprendimiento típico de las jóvenes de buena familia.

—¿Y si lo prohíbo, Liv? —preguntó suavemente.

No se inmutó ni cedió. En cambio, lo miró directamente a los ojos y dijo con una determinación que resonaba con convicción: —No te estaba pidiendo permiso, Algernon. Solo te informaba de mis planes. Tengo veinticinco años y pronto recibiré mi propia fortuna. No tengo perspectivas matrimoniales de las que hablar, ciertamente ninguna que consideraría. El mundo ya me cree una mujer que jugó a la ligera con su virtud... ¿No debería tener el beneficio de experimentar realmente de lo que ya he sido condenada?

Era un argumento que no podía refutarse fácilmente, aunque él persistió. —El matrimonio no está completamente descartado para ti, Olivia. Ha habido propuestas desde que estalló el escándalo... Pero si haces esto, incluso esas ofertas serán retiradas.

Ella resopló, un sonido muy poco femenino que nunca le habría escapado apenas un año antes. Mucho había cambiado en su comportamiento y actitud desde entonces. —Sí, mis maravillosas propuestas de matrimonio. Hombres viejos que nunca podrían esperar ser un esposo de verdad y hombres que desean mi fortuna tanto que mi supuesta falta de virtud les resulta completamente irrelevante... No seré enfermera de un novio moribundo, ni seré un billete andante para hombres que ya han malgastado sus propias fortunas.

De hecho, había habido tres propuestas. Dos de ellas habían sido de hombres muy ancianos y una de un hombre a punto de ser arrojado a la cárcel de deudores. Intentó un enfoque diferente. —Todavía tienes un lugar en la sociedad —argumentó—. Todavía te invitan a fiestas y bailes. Si procedes con este ridículo plan, esas invitaciones cesarán y serás una paria. ¿Entonces qué?

Olivia lo miró con una mirada malévola. —No había planeado, querido hermano, convertirme abiertamente en la amante de alguien. Es posible tener un amante y ser discreta. Tú lo has logrado con frecuencia a lo largo de los años... Tengo la intención de hacer esto, Algernon. Nada de lo que digas me disuadirá. Si realmente estás tan preocupado por lo que queda de mi destrozada reputación, entonces me ayudarás con mi lista de prospectos adecuados.

Tomó otro sorbo de café. Era evidente por su expresión obstinada que simplemente deseaba que la situación desapareciera, como si ella no pudiera estar hablando en serio. Pero ambos sabían muy bien que lo estaba. Olivia no bromeaba. De hecho, no había reído ni sonreído de verdad en el último año.

—¿Quieres que yo, tu hermano, te ayude a seleccionar un amante? —preguntó incrédulo.

Ella puso los ojos en blanco. —Cuando lo dices así, sí suena muy extraño, en efecto. En cuanto a seleccionar un amante, no, eso lo haré yo misma. Lo que deseo de ti es que revises mi lista de prospectos y me digas si los caballeros que estoy considerando pueden ser confiables para ser discretos... o si hay cosas sobre ellos que yo desconozco que los harían inadecuados. Te pido que me ayudes a reducir la amenaza de ser descubierta.

Algernon sabía que estaba bien y completamente atrapado. Si no revisaba su lista, ella simplemente procedería sin su ayuda y posiblemente empeoraría su ya difícil situación. Si la ayudaba, esencialmente le estaba dando su bendición para tener un romance. Era una situación imposible. —Olivia, deseo que reconsideres... Sin importar lo que el resto de la sociedad crea, tú y yo sabemos que todavía eres inocente. Si te embarcas en este camino, no hay vuelta atrás.

La mirada que le dirigió estaba llena de una sabiduría cansada del mundo y una buena dosis de lástima. —¿Revisarás la lista?

Estaba condenado, pensó. Estaba completamente condenado. —Sí, revisaré tu lista.

Olivia le sonrió entonces. Su rostro perdió la tensión que había sido su compañera constante durante el año pasado, y se veía más hermosa y despreocupada de lo que él la había visto en mucho tiempo. Se había permitido olvidar lo infeliz que era. No, había elegido ignorar su infelicidad, pensó. Ignorarlo significaba que también podía ignorar su culpa por haber causado su miseria. Si le hubiera elegido un marido años antes, o incluso hubiera considerado seriamente alguna de las ofertas razonables que había recibido por su mano a lo largo de los años, ella nunca habría estado en posición de ser víctima de Melville. Habría estado casada, con su propio hogar y posiblemente un hijo. Su propia vanidad y orgullo al creer que ningún hombre era lo suficientemente bueno para su hermana la había marcado como blanco de un verdadero villano. Las acusaciones de Burke de un año atrás volvieron a él, junto con la horrible sensación de hundimiento de que el otro hombre había tenido razón en todo. —Lo siento, Liv, que haya llegado a esto... Debería haber sido un mejor guardián. Si hubiera... —Se detuvo, incapaz incluso entonces de admitir su culpa en voz alta.

Olivia no habló durante varios momentos. —Si alguno de los caballeros que me pidieron en matrimonio a lo largo de los años me hubiera interesado mínimamente, ¿crees que no habría intervenido? ¿De verdad crees que si hubiera querido casarme con alguno de ellos te habría permitido rechazarlos tan sumariamente?

Ella no lo habría hecho, por supuesto. La conocía lo suficientemente bien como para saber que Olivia no era tímida para expresar lo que quería. Se había salido con la suya desde que era una niña pequeña. —¿Dónde está esa lista?

Olivia sacó un papel doblado que había guardado en la manga de su vestido de mañana y lo deslizó sobre la mesa hacia la mano extendida de su hermano. Externamente, parecía tranquila, pero él sabía que era un ardid.

La lista era corta. Solo había cuatro nombres. Dos podían descartarse de inmediato. —Briarleigh está descartado —dijo—. Acaba de casarse con la señorita Emmaline Walters en medio de un escándalo. Ellersleigh también queda fuera. Se rumorea que también se casó... y Wright definitivamente no es indicado.

Sus ojos se entrecerraron y lo miró con sospecha. —¿Estás descartando mis elecciones porque crees que evitará que siga adelante con mi plan?

Tenía todo el derecho a sospechar eso de él, pero en ese instante, él era inocente. —No, no es así. Wright no estaría interesado en un romance contigo, Liv. Él prefiere a los chicos... chicos muy jóvenes. No es de conocimiento público, pero baste decir que una noche lo descubrí en una situación muy comprometedora que deja pocas dudas sobre sus preferencias.

El último nombre de la lista había sido escrito una vez, tachado, y luego añadido nuevamente. Lord Burke, vizconde Holland. Lo leyó una segunda vez, solo para asegurarse. Parecía que sus pecados volvían para atormentarlo.

—¿Burke está en tu lista? —preguntó, manteniendo su tono perfectamente neutro.

Olivia asintió. —Sé que tu amistad con el vizconde Holland se ha enfriado en los últimos años, pero pensé que podía contar con él para ser discreto.

Podía. Algernon no lo cuestionaba. Burke jamás haría nada para dañar a Olivia, de eso estaba completamente seguro. Tampoco creía que Burke aceptaría deshonrar a su hermana. Aun así, si Olivia buscaba un romance con él, lo feo iba a salir inevitablemente. —¿Por qué lo tachaste inicialmente?

Olivia se encogió de hombros. —Lo conozco desde hace tanto tiempo, y nunca mostró señales de atracción. No estoy segura de que le interese embarcarse en una aventura conmigo.

No era falta de interés lo que alejaría a Burke. Era un sentido de honor intachable, y abundante orgullo. Algernon consideró sus opciones y supo al instante que solo había un camino para él. —Si pudieras casarte, Olivia, si existiera la posibilidad de que te casaras

con un hombre que sintiera algo genuino por ti y no por tu herencia, ¿lo harías?

Ella rio, pero el sonido carecía de alegría. Era duro y amargo. —Claro que sí. Eso era todo lo que quería, en todo caso. Pero ambos sabemos que ya no es una posibilidad para mí. Los caballeros no se casan con mujeres con reputaciones como la mía, sin importar si se la merecían o no.

¿Habría existido siquiera una decisión? —se preguntó—. Parecía que el destino intervenía para enmendar viejas injusticias. —De esta lista, Holland es tu único candidato.

Olivia asintió. —Nos han invitado al Baile de los Somerfield mañana por la noche, pero aún no he aceptado. ¿Es probable que él asista?

Lo haría. Algernon se aseguraría de eso. Le echaría una mano al destino por una vez, en lugar de intentar alterarlo. —Creo que sí... Envía nuestra aceptación a lord y lady Somerfield. Yo te acompañaré.

—¿No planeas sabotearme esto? —exigió saber. Ella lo conocía bien y sabía que podía ser astuto y solapado si le convenía.

Él negó con la cabeza. —No lo haré. Desearía poder hacerte cambiar de opinión, persuadirte para que reconsideres, pero no intentaré inhibir tu búsqueda intencionalmente... Solo desearía saber por qué haces esto. ¿Por qué ahora?

Olivia suspiró. El sonido transmitía una profunda tristeza. Era difícil explicar algo que ni ella misma comprendía. Había pasado más de un año desde el secuestro, desde que los acontecimientos llevaron a su ruina pública. En ese tiempo, se había sentido cada vez más aislada. Seguía asistiendo a eventos, pero su lugar en ellos había cambiado radicalmente. Había perdido su oportunidad de amor, de matrimonio y de una familia propia. El pánico había comenzado a apoderarse de ella.

Seguía llevando una vida perfectamente correcta y sabía que, sin importar cuán bien se comportara o cuán contrita pareciera por algo que nunca fue su culpa, la sociedad jamás la perdonaría. Había llegado a sentir que la vida simplemente la estaba dejando de lado. Si el mundo creía que era una ramera, que había satisfecho sus

deseos carnales, ¿qué más le podrían hacer si realmente los satisfacía? Para responder a la pregunta de su hermano, dijo: —Lo único que impide a las mujeres jóvenes satisfacer sus propios deseos apasionados es la amenaza de perder la reputación... la mía ya está perdida. Por lo tanto, no me queda nada que perder.

—Excepto tu virginidad —dijo sin rodeos. Ya estaban más allá de la cortesía en la conversación.

—La virginidad solo tiene valor cuando puedes obsequiarla a un esposo. Jamás lo haré —dijo, encogiéndose de hombros. Con eso, se levantó y abandonó el comedor de desayunos, dejándolo mirándola mientras se preguntaba qué lugar en el infierno acababa de comprarse.

2

Lord Burke, vizconde de Holland, estaba sentado en su mesa habitual de White's. Aguardaba su almuerzo mientras consideraba cómo resolver un asunto urgente en una de sus propiedades. Al revisar los libros de contabilidad, su administrador había descubierto cifras alarmantes. Habían surgido feas sospechas sobre la credibilidad de la gestión de su mayordomo. Había disparidades flagrantes en los registros, lo que indicaba que el hombre era incompetente o un ladrón. Burke juzgó que lo último era la explicación más probable.

—Buenas tardes, Holland.

Al levantar la vista, Burke encontró una mirada azul y clara que le resultaba increíblemente familiar. Aunque hacía casi un año que no hablaban, reconoció al instante la voz de Algernon Dunne. Burke no permitió que se le notara la sorpresa. Su única reacción fue alzar una ceja negra y arqueada. —Dunne —reconoció.

Algernon no esperó invitación para unirse a él, pues era evidente que no habría ninguna. Simplemente se sentó como si fuera su derecho inalienable. —Te ves muy bien últimamente. La vida sobria parece estar dando sus frutos.

Debajo de la mesa, las manos de Burke se apretaban con fuerza mientras luchaba contra el impulso de estrellar su puño en la ya grande nariz de Algernon. —Ciertamente. Uno solo puede beber y

parrandear un tiempo antes de que empiece a pasar factura. Por suerte, decidí dejarlo antes de que el daño fuera mayor... Perdona que pregunte, pero ¿qué demonios quieres?

Algernon sonrió. La impaciencia de Burke con las banalidades había sido una de las cualidades que más admiraba en su amigo. —Estoy aquí para expiar mis pecados, Holland. ¿Acaso sirven pastel de humildad en White's?

—Nunca en tu vida has sido humilde.

—Eso no es cierto. Me humillé el día que secuestraron a Olivia. Me humillé aún más cuando tuve que rogar tu ayuda para rescatarla... y luego me enfurecí como era debido cuando Lady Haversham comenzó su campaña para informar, ella sola, a cada hombre, mujer y niño de Inglaterra de que mi hermana estaba deshonrada.

Debió haber ido. Independientemente de lo ocurrido en el pasado, tras los problemas de Olivia, debió visitarla y ofrecerle su apoyo. —Asumo que Olivia está bien —dijo. Sabía que sí la estaba. La había visto en el Baile Whitmore solo una semana antes, aunque se aseguró de que ella no lo viera. Seguía siendo alarmantemente hermosa, con su cabello rojo dorado y sus brillantes ojos azules. Pero ya no era la reina del baile. En lugar de estar rodeada por un grupo de admiradores y bailar todas las piezas, pasaba la mayor parte del tiempo sola o hablando con otras mujeres en la frontera entre el respeto y el deshonor.

Algernon consideró su respuesta con cuidado, pero al final optó por ser tan directo como lo habría sido Burke en su lugar. —Está muy bien. Me informó en el desayuno que piensa tomar un amante.

No hubo reacción visible a la declaración. A pesar de ello, la tensión que emanaba de Burke se volvió tangible. En ese momento, era un león enjaulado, una bestia apenas contenida. Quizás fueron segundos antes de responder, o tal vez una eternidad. Cuando lo hizo, solo pudo preguntar: —¿Y piensas permitir esto?

—Nadie le permite nada a Olivia. Olivia siempre ha hecho exactamente lo que le vino en gana, y hasta este momento, siempre ha deseado ser correcta y acatar las normas sociales que rigen a toda joven soltera. Ahora ha decidido no hacerlo —dijo Algernon

encogiéndose de hombros. Agregó con la familiaridad de su larga amistad—: Como bien sabes, no hay poder terrenal que la detenga.

Una oscuridad crecía dentro de él, turbulenta y furiosa. Reconocía lo que era: celos. La sola idea de que otro hombre pusiera sus manos sobre Olivia le daban ganas de destrozar cosas, pero no lo hizo. Con calma y total convicción, afirmó: —Espero que no le tome demasiado cariño, porque lo mataré.

—Eso podría ser difícil… el hombre que ella ha elegido eres tú.

Si le hubieran dicho que el cielo era amarillo y la hierba morada, no se habría sentido más sorprendido. Olivia deseaba tomarlo como amante. —¿Por qué me dices esto? ¿Acaso te has convertido en el proxeneta de tu hermana?

Algernon se rió. —Sabía que te ofenderías mucho… y no, no me he convertido en su proxeneta. Simplemente quería aclarar el ambiente entre nosotros y resolver algunos asuntos pendientes. De lo contrario, esto podría terminar mal para todos.

Burke negó con la cabeza. —No terminará, porque no comenzará. Jamás la deshonraría al convertirla en mi amante. Es ridículo.

Era hora de decir la verdad, pensó Algernon. El tiempo de andar con rodeos había terminado. —¿Te has preguntado por qué ella rechazaría tu propuesta de cortejo hace tres años y de repente ha decidido que ahora desea entablar una relación completamente diferente contigo?

Burke se lo había preguntado, pero no lo preguntaría. Nunca había admitido ante nadie que ella lo había rechazado. Era doloroso y completamente humillante haber sido rechazado de plano por una mujer a la que había admirado enormemente y deseado aún más. —Si fueras al grano, Dunne, sería muy apreciado.

Algernon se inclinó hacia adelante, apoyando las manos en la mesa y hablando suavemente. —Olivia nunca rechazó tu propuesta de matrimonio, porque yo nunca se la presenté.

No era lo que esperaba oír. Pero, en retrospectiva, no lo sorprendió en absoluto. Arrogante. Autoritario. Despiadado. Algernon Dunne era todas esas cosas y más. —Bastardo.

Dunne no se ofendió por el epíteto, sino que inclinó la cabeza en señal de acuerdo. —De hecho, me comporté como un idiota pomposo y regodeado. Si deseas golpearme hasta dejarme irreconocible, no haré ningún esfuerzo por detenerte… pero primero, al menos hazme el favor, y a Olivia, de escucharme.

—Entonces di lo que tengas que decir y hazlo rápido, —dijo Burke. Iba a golpear al hombre hasta dejarlo al borde de la muerte y disfrutaría cada segundo de ello.

Algernon hizo una señal a uno de los sirvientes y pidió una botella de brandy. Apenas un momento después, el hombre regresó con una botella y dos copas balón. Sirvió una cantidad generosa en ambos vasos. —No es algo de lo que esté particularmente orgulloso. Me comporté de manera abominable con ustedes dos… En mi defensa, estaba preocupado de que no fueras tan reformado como parecías, y de que le romperías el corazón a mi hermana.

—¡Jamás haría nada para dañar a Olivia!

—¿Termino, o quieres continuar con tus protestas de amor?

Burke asintió abruptamente.

Algernon continuó: —También me preocupaban tus finanzas, que todavía eran un poco inestables en ese entonces, y aún más me preocupaban los escándalos que tu familia parece encontrar como pulgas en un perro. Además, Olivia acababa de causar una gran impresión en el príncipe Mikhail mientras visitaba desde Monte Negro. Pensé que tal vez le propondría matrimonio… No es que quisiera que se casara con él, sino que quería que tuviera esa opción.

—Querías el prestigio de que tu hermana fuera cortejada por un príncipe, —dijo Burke sucintamente. Algernon siempre había sido orgulloso. Su orgullo y vanidad lo habían metido en más problemas de los que cualquier chico u hombre debería tener.

—Contigo siempre hay que llamar al pan, pan y al vino, vino, como siempre, —dijo Algernon con un suspiro de resignación. —Sí, admito que la idea de tal conexión me resultaba muy atractiva. No le dije a Olivia porque sabía que habría dicho que sí. Ella te había adorado durante años, prácticamente te había adorado cuando era niña. Así que mi vanidad es la única responsable de cada evento

horrible que ha ocurrido desde entonces: el fin de nuestra amistad, el hecho de que Olivia no estuviera felizmente casada contigo cuando Melville descubrió la magnitud de su herencia y decidió reclamarla para sí.

Se detuvo, respiró hondo e hizo lo que Burke nunca había conocido que Algernon hiciera en toda su larga relación. Se disculpó. —Lo siento. Por el daño que les he causado a ambos. Si hubiera aceptado permitirte cortejar a Olivia, ustedes dos estarían casados ahora, tendría un sobrino o sobrina para hacerlo saltar en mi rodilla, y la reputación de Olivia no estaría hecha trizas. Todo es, completa y totalmente, mi culpa.

Burke aún quería golpear a Algernon en la cara, aunque el impulso se desvanecía. No sentía precisamente simpatía, pero la contrición tan sincera dificultaba aferrarse a la ira. —Entonces, ¿ahora qué? ¿Deberíamos hacer las paces y perdonar tus insultos, tus mentiras, tus maquinaciones?

—De ninguna manera. No busco perdón. No lo hay para lo que he hecho. Pero hay restitución —afirmó Algernon con firmeza—. Olivia no aceptará casarse contigo si se lo pides directamente. Lo tomará por lástima, pues es tan orgullosa como yo. Además, sospecharía que hablé contigo y te rechazaría rotundamente… ¿Suponiendo que aún deseas desposar a Olivia? ¿O malinterpreté la profundidad de tus sentimientos hacia ella?

Burke bebió de un trago el brandy de la copita, sin ni siquiera saborear el líquido embriagador. Dejó que quemara un camino, caliente y potente, hasta su estómago, antes de rellenar el vaso de inmediato. —Mis sentimientos por Olivia no han cambiado. Pero son asunto entre Olivia y yo, y no los discutiré contigo otra vez.

Algernon asintió. —Por supuesto que no. Entonces, si quieres desposar a Olivia, tendrás que convencerla y no hay nada más efectivo para nublar el juicio de una mujer y hacerla dudar de sus decisiones que la seducción. Creo que si la deseas, primero tendrás que aceptarla en sus términos.

Burke exhaló un suspiro profundo. —No puedo creer que me instes a seducir a tu propia maldita hermana.

Algernon se encogió de hombros. —Nos hemos adaptado a nuestro cambio de circunstancias sociales. La forma correcta, en este caso, no es la adecuada.

—Lo consideraré.

Algernon asintió y se levantó de la mesa. En lugar de marcharse de inmediato, vaciló. Mirando hacia atrás, dijo: —Por lo que valga, de verdad lo siento… Además, debo decirte que el recuerdo de Olivia sobre esos eventos es algo deficiente. No recuerda que tú la rescataste y ese material, afortunadamente, nunca llegó a manos del chisme.

Solo unos momentos después, el almuerzo de Burke llegó a su mesa. Permaneció ante él, intacto, mientras lidiaba con el pacto con el diablo que acababan de poner frente a él. Le habían ofrecido la oportunidad de tener lo que más había deseado en su vida, pero al hacerlo, tendría que comprometer todos sus escrúpulos.

Lo haría, por supuesto. Cualquier oportunidad de tener a Olivia de nuevo en su vida valdría cualquier precio que debiera pagar. Pero si no funcionaba, si como su amante no podía convencerla de ser su esposa, ¿entonces qué? Alejarse de ella antes había sido su propio infierno. ¿Cómo sería si tuviera que alejarse después de tenerla?



En una mesa cercana, Richard Farnsworth, Lord Hurston, observó el intercambio con ojo agudo. Que Dunne y Holland se comunicaran solo podía tener una razón: la señorita Olivia Dunne.

Maldijo en voz baja. Cualquiera que fuera el plan que los dos tramaban, necesitaría adelantar sus propios planes.

Una sombra oscura cayó sobre la mesa y alzó la vista para encontrar el rostro ceñudo de Lord Wilmont. —Ha estado curiosamente ausente de su casa, Hurston.

Hurston esbozó una sonrisa sombría. —Mi hogar está bastante invadido por cobradores de deudas últimamente… entre los cuales usted es uno.

—Estoy perdiendo la paciencia con usted, Hurston. Tiene una quincena para pagar sus deudas o lo arruinaré. ¿Está claro?

—Tengo los medios para pagarle al alcance de la mano, Wilmont.

La mirada de Lord Wilmont recorrió el club hasta la espalda de Algernon Dunne, que se alejaba. —Si pretende utilizar los mismos medios en los que Melville tenía puestos los ojos, le aconsejaría que recordara lo mal que terminó eso para él.

Hurston le lanzó una mirada furiosa. —Tengo una mano más firme que Melville. Ella no escapará de mí.

—Todos conocemos su mano firme, Hurston. Por eso lo han prohibido en la mitad de los burdeles de Londres. Simplemente consiga los fondos, Hurston, y acabe con esto.

3

Olivia se había vestido para el baile de Somerfield con más esmero del que recordaba haber puesto alguna vez. El vestido elegido era de satén color marfil. Las mangas y el dobladillo estaban bordados en oro con un diseño griego de meandros. Un pronunciado escote exhibía su abundante busto con gran efecto. Bajo el vestido, llevaba solo una enagua, permitiendo que el satén brilloso se ajustara a su cuerpo con cada movimiento.

Era atrevido. De hecho, casi había retrocedido cuando el carruaje se detuvo frente a la mansión Somerfield. Había sido la presencia de Algernon en el carruaje lo que la impulsó a descender y enfrentar las consecuencias. Su mirada desafiante la incitó a seguir adelante a pesar de su ataque de nervios.

Mientras recorría el abarrotado salón de baile, ignoró las miradas escandalizadas que las matronas de sociedad le dirigían. Algunos caballeros la invitaron a bailar, aunque su tarjeta de baile distaba mucho de estar llena. Se negó a considerar cuánto había cambiado eso desde que asistió al baile de Somerfield el año anterior.

La noche avanzaba y aún no había señales de Burke. Algernon le había asegurado que estaría presente. No tenía idea de cómo había obtenido esa información, pero imaginaba que involucraba coquetería o soborno. Declinó un baile con lord Halcomb, quien, en su entusiasmo, pisó su dobladillo. No sorprendía, dado que había

estado tan concentrado en su escote que casi tropezaba con sus propios pies. Desanimada, se retiró al tocador de damas para reparar el daño.

Refugiada tras uno de los muchos biombos chinescos del salón, permitió que una criada la ayudara a remendar el dobladillo dañado. La criada chasqueó la lengua con desaprobación mientras realizaba puntadas pequeñas y perfectas siguiendo la línea del delicado bordado. La puerta exterior se abrió y el bajo murmullo de voces femeninas se hizo más audible.

—¿Viste cómo coqueteaba con él tan descaradamente?

Un leve risita siguió al comentario, y la voz que respondió era escalofriantemente familiar. —Ella es totalmente descarada… ¡Como si no supiéramos todos aquí de su affaire con Melville!

Lady Caroline Bishop había sido rival de Olivia en admiración y popularidad en temporadas anteriores. Nadie se había regodeado tanto en la caída de Olivia como Caroline. Incluso ahora, un año después, seguía sacando a relucir los viejos chismes. Olivia se llevó un dedo a los labios, indicando silencio, antes de que la criada pudiera hablar. Un movimiento de su cofia blanca fue su única respuesta.

La primera mujer continuó: —¡Ese vestido es escandaloso! Pero, ¿qué más podría esperarse de ella?

Una tercera mujer entró al salón: —¡Rápido, deben venir! Ha llegado lord Holland. La voz pertenecía a la madre de lady Caroline. A Olivia le irritaba que aquella mujer hubiera puesto sus ojos en Burke.

Cuando las tres mujeres salieron apresuradamente, ella le hizo un gesto a la criada: —No necesita ser perfecto, solo rápido.

—Todo listo, mi señora —dijo la criada—. Y sé que no me corresponde, pero usted es una dama más fina que esas brujas jamás podrían ser.

Olivia rio —No lo repetiré, y se lo agradezco mucho. Aún reía suavemente para sí misma al regresar al salón de baile. Algernon la saludó de inmediato.

—El objetivo de tu campaña salió a la terraza. Imagino que ahora sería un momento apropiado para que tomes aire.

Olivia observó alejarse a su hermano y se preguntó cuán útil estaba siendo al guiarla por el camino a la ruina. No dudó ni un instante de que tenía un motivo oculto, que sin duda estaba, en lo que él consideraba, en su mejor interés. Aun así, eso no la disuadió de su plan.

Se dirigió hacia las puertas abiertas de la terraza. Mucha gente paseaba por allí, contemplando el jardín iluminado por la luna. Sin embargo, no era solo el romance que ofrecía la escena. Lady Somerfield deseaba locamente que cada uno de sus bailes fuera nombrado el evento de la temporada. Invitaba a muchas más personas de las que su salón podía acomodar, y el resultado era un calor sofocante que hacía desmayarse a varias damas. El único beneficio de la multitud enloquecida era que resultaba bastante fácil desaparecer en ella.

Vio a Burke al instante. Estaba solo, apoyado en la barandilla, a plena vista del salón de baile. En lugar de mirar al jardín, estaba frente a las puertas, observando a los bailarines. Era una imagen acertada. Burke había sido objeto de muchos escándalos, la mayoría creados por su familia, pero la carga había caído sobre sus hombros. Como ella, estaba fuera de la sociedad, mirando hacia dentro. Se acercó casualmente, intentando disimular tanto su impaciencia como sus nervios.

Estaba, si acaso, más atractivo que cuando ella lo vio por última vez. Tenía el cabello grueso y oscuro, peinado hacia atrás con desdén por la moda actual de ondas y rizos artísticamente desordenados. La idea de Burke sometiéndose a un ayuda de cámara con tenacillas era absurda. La leve entradilla lo hacía parecer peligroso, al igual que las oscuras líneas de sus cejas sobre sus ojos verde pálido.

A los treinta y dos años, su rostro había perdido todo rastro de juventud, dejando planos y ángulos marcados que eran la definición de la belleza masculina. Sus hombros parecían más anchos, haciendo que su cintura y caderas lucieran más delgadas. Sus largas piernas estaban extendidas frente a él, los tobillos cruzados mientras se recostaba en la barandilla. La postura casual no ocultaba la fuerte musculatura de sus muslos.

Ella supo en el instante en que él la vio, pudo sentir su mirada sobre sí. Alzó la vista y encontró sus ojos, agradecida por la tenue luz que ocultaría su sonrojo al haber sido sorprendida admirando sus atributos masculinos. Una fría sonrisa curvó sus labios cuando él se irguió por completo e hizo una reverencia.

—Buenas noches, señorita Dunne. ¿Te aprovechas del aire fresco que escasea tanto adentro?

—Así es, lord Holland. Encontré el calor bastante sofocante. Te ves bien.

—Y tú eres una visión, como siempre —respondió él. Era cierto. Olivia siempre era hermosa, siempre seductora, pero con ese vestido atrevido, la parte superior de sus senos completamente al descubierto y la tela ceñida a sus piernas al avanzar, nunca había sido más cierto. Su magnífico cabello estaba recogido en lo alto con un artístico arreglo de rizos. Daba la impresión de que la más leve brisa desharía esa masa de rizos cayendo por su espalda en desorden provocativo. Por supuesto, no sucedería, pero el efecto era no menos sensual.

—Siempre fuiste un adulador. Hace demasiado tiempo que no hablamos —dijo ella, con tono ligeramente reprobador.

Él asintió en acuerdo. —Debo implorar tu perdón por mi falta de atención. Soy un pésimo amigo, la verdad.

—¿Entonces somos amigos?

Consideró su respuesta cuidadosamente. Decir demasiado o muy poco podría desequilibrar las cosas de forma indeseada. —Nos conocemos desde hace mucho. Siempre disfruté tu compañía, y solo deseo lo mejor para ti. Si eso no es amistad, ¿qué es?

—¿Acaso no hay cierta intimidad en la verdadera amistad? —preguntó ella atrevidamente.

Pudo sentir su cuerpo reaccionar a esa pregunta coqueta. La sangre corrió por sus venas y su cuerpo se agitó incómodo. ¿Comprendía ella todo lo que insinuaba con sus palabras? ¿O era su conocimiento previo de sus intenciones lo que sesgaba su interpretación? —Supongo que es así… ¿Qué tipo de intimidad requieres en la amistad, Olivia?

Ella inspiró profundamente, exhalando con un suspiro. Pudo ver cómo reunía coraje. Parte de él deseaba evitarle eso, pero era su juego, y tendría que actuar acorde.

—Eso dependería completamente de la amistad… Creo que deberíamos discutirlo con más privacidad, ¿quizás?

No era la proposición más provocativa que había recibido, pero sí la más tentadora. Aunque estaban a plena vista del salón de baile, Olivia tenía la espalda hacia las puertas. Parado ligeramente frente a él, quedaba parcialmente oculto. Alzó su mano y la posó sobre la de ella en la barandilla. Con su pulgar dibujó círculos en la delicada piel de su muñeca interna. Ella estremeció levemente en respuesta. —Hay un pequeño salón junto al tocador de damas. Diez minutos —dijo, retirando su mano de la de ella.



Burke usó la breve tregua en el pequeño salón para ordenar sus pensamientos y controlar su libido rebelde. Antes de declararse y ser rotundamente rechazado, nunca se atrevió a estar tan cerca de Olivia. Dada su reputación y la de ella, siempre había sido la esencia del decoro. Aferrándose a cada hilo de voluntad, sofocó el deseo que corría por sus venas. No tenía intención de tomar a Olivia en un salón contiguo a un concurrido baile.

Evitándola durante el último año, en parte por el rechazo de Algernon a su cortejo y la subsiguiente ruptura, pero también por no revivirle eventos dolorosos. Al recordar la afirmación de Algernon de que ella no recordaba el rescate, comprendió que su evitación había sido en vano.

El sonido de la puerta abriéndose lo sacó de sus pensamientos. Miró hacia arriba y vio a Olivia entrar, quitándole literalmente el aliento. No solo era hermosa. Aunque notablemente sí, conocía otras mujeres igual o más bellas. Era simplemente porque ella era Olivia.

Su vestido ondeaba con cada paso al entrar, y con la luna filtrándose por las ventanas, irradiaba luz. —Me preguntaba si perderías la valentía —dijo. Su sonrisa de respuesta se curvó

suavemente en sus labios y, una vez más, hizo que su sangre acelerase.

—¿Acaso me has conocido alguna vez perdiendo la valentía?

—Este es un comportamiento bastante escandaloso, señorita Dunne: encontrarse con un caballero en un cuarto oscuro durante el baile. Pero pediste privacidad, ¿o no? —preguntó, manteniendo un tono ligero y bromista. Flirteo. Seducción. La acumulación lenta del deseo. Eso era lo que ella requería. No la necesidad intensa y punzante que lo golpeaba en su presencia.

—Quizás no lo hayas notado, lord Holland, pero ahora soy una mujer escandalosa —dijo Olivia. Avanzó más en la habitación, deteniéndose frente a las ventanas. Sus palabras eran audaces, pero cuando él se acercó, escuchó su leve inhalación entrecortada. Sentía la tensión en ella mientras intentaba mantener la fachada.

Burke inhaló, absorbiendo el suave aroma floral impregnado en su cabello. También había un ligero toque cítrico. Sabía que usaba limones en su piel, odiando cualquier señal de pecas. De niña lloró por las pecas en su nariz cuando otros se burlaban, pero las consideraba encantadoras, como siempre. —Apenas escandalosa. Te he conocido la mayor parte de tu vida y podría contabilizar con una mano, de hecho con un dedo, las veces que te has comportado indebidamente... incluyendo esta reunión. Me considero un hombre afortunado de ser con quien eliges probar lo escandaloso. Pero quizás ¿deberías decirme por qué?

—¿Por qué qué? —preguntó ella, con la boca repentinamente seca.

—Hay muchas opciones. ¿Por qué me buscaste esta noche cuando no hemos hablado en años? ¿Por qué accediste a reunirte conmigo en privado sabiendo que es impropio? ¿Por qué te pusiste un vestido infinitamente más revelador que cualquier cosa que hayas usado jamás, llevando solo una enagua debajo?

Ella lo miró de nuevo: —¿Cómo sabes cuántas enaguas llevo?

Él sonrió: —¿Pones en duda mi conocimiento de la ropa interior femenina?

Ella rio entre dientes: —Por supuesto. ¿En qué estaba pensando?

Su respuesta llegó más cerca de su oído; un susurro caliente y seductor: —Exactamente. ¿En qué estabas pensando, Olivia?

Tiritando como respuesta, Olivia giró para enfrentarlo. Parados tan cerca, sus pechos estaban a un suspiro de tocar su pecho. Inclinado como estaba, estaban nariz con nariz: —Pensaba que deberíamos renovar nuestra amistad.

Él alzó una ceja, y al hablar, su aliento rozó su mejilla: —¿Eso requería encontrarnos fuera del salón de baile, lejos de miradas indiscretas?

La estaba forzando a ser audaz, a declarar inequívocamente lo que quería de él. Burke coquetearía con ella, pero no avanzaría más a menos que ella expresara específicamente su deseo: —Como dije, esperaba que nuestra amistad pudiera volverse más íntima... mucho más íntima.

Él besó su mejilla. Algo que había hecho muchas veces a lo largo de los años, pero no era un beso fraternal como los de su infancia. Era más lento, más potente, y transmitía infinitamente más que solo afecto: —¿Eso es lo suficientemente íntimo para ti, Olivia? —susurró contra su oído.

—¿Así es como un libertino notorio roba un beso entonces? ¿En la mejilla?

—Estoy reformado —respondió—. ¿O no te habías dado cuenta de que escapé de la nefasta influencia de tu hermano?

Su nariz se arrugó con disgusto: —¡No te permití atraerme a un cuarto oscuro para hablar de mi hermano!

Burke alzó una ceja: —Estoy bastante seguro de que tú hiciste el engatusamiento... yo solo proporcioné el lugar. Y si no deseas hablar de tu hermano, Olivia, ¿qué tema candente tienes en mente?

Ella tembló ligeramente, pero continuó: —Quería hacerte una oferta, una que espero no puedas rechazar.

—Continúa, por favor.

Cuando volvió a hablar, su voz era suave, apenas un susurro. Reflejaba su incertidumbre, su inexperiencia, pero aún así era potente, apelando a todos sus instintos carnales.

—He decidido tomar un amante... y me gustaría mucho que fueras tú.

Incluso esperándolo, las palabras fueron como un puñetazo en el estómago. Su sangre se acumuló bajo su vientre, precipitándose hacia su miembro erecto.

Aun así, su respuesta fue mesurada y lenta mientras sus labios recorrieron la curva de su mejilla, presionando levemente la comisura de su boca, antes de posarse con más firmeza sobre sus labios. Eran suaves y llenos bajo él, cediendo dulcemente mientras exploraba.

Cuando ella suspiró, sus labios esbozaron una sonrisa, pero insistió, deseando más. Siguió la exuberante curva de su labio inferior con la lengua, lo mordió suavemente con los dientes, y luego trazó levemente la línea de sus labios. Con otro suspiro, sus labios se separaron y él aprovechó para invadir los dulces recovecos de su boca. Su lengua se deslizó sensual sobre la de ella. Cada contacto era suave, gentil e impregnado de calor lánguido.

Olivia se hundía en la nada. Su mente había dejado de funcionar y todos sus sentidos se sintonizaron con el beso, el movimiento erótico y seductor de su boca sobre la suya. Sin aliento, con las rodillas débiles, apoyó las manos en su pecho para equilibrarse. El calor de él, los firmes músculos que se tensaron bajo su tacto solo la desconcertaron más.

Sintió sus brazos cerrarse alrededor de ella, atrayéndola más cerca. Con solo la delgada seda de su vestido y la única enagua, podía sentir la presión firme de sus muslos contra los suyos y, contra la suave curva de su vientre, algo más. Su conocimiento no era tan limitado como para no reconocer su excitación, pero no podía permitirse pensarlo. Seguiría el pánico, lo que llevaría a algo desastroso como huir de lo que deseaba solo por ser desconocido.

Burke nunca había conocido algo tan glorioso como sentirla en sus brazos. La dulzura de su boca, la calidez de sus exuberantes curvas contra él, la forma en que su carne cedía a la suya, todo combinado lo tenía dolorido y desesperado por ella. Fue ese borde de desesperación lo que lo impulsó a retroceder. No confiaba plenamente en sí mismo.

—Olivia —dijo, con la voz ronca de deseo—, este no es el lugar.

—Tú lo empezaste —dijo ella, con voz ronca y entrecortada.

Él rio. Aunque estaba en la miseria del deseo, con los ajustados pantalones de noche como un torno sobre su dolorido miembro, no podía negar la verdad de su declaración: —Tienes toda la razón. Una pregunta más importante sería si deseas que lo termine.

Un rubor se apoderó de sus mejillas, acentuando su ya rosado tono. —¿Acaso estaría aquí de otra manera?

Ahora, pensó él. No deseaba nada más que quitarle el vestido y memorizar cada curva, cada valle antes de hundirse en el cálido refugio de su cuerpo. Despertar a Olivia a la pasión era algo que había fantaseado durante años. —¿Tienes algún compromiso mañana por la noche?

Una expresión burlona cruzó su rostro, las cejas arqueándose y sus labios formando una línea delgada. —Mi agenda social está bastante vacía estos días.

Así sería. A la sociedad no le gustaba nada más que ver caer a sus ídolos. —Enviaré mi carruaje por ti a medianoche... suponiendo que tu hermano no esté en casa.

—Algernon y yo hemos llegado a un entendimiento sobre mis decisiones. No le agrada, pero no interferirá.

No había imaginado que sería tan franca con esa información. —¿Por qué me has elegido a mí, Olivia? La pregunta brotó involuntariamente de sus labios. Inmediatamente, lamentó haberla formulado.

Sus labios se entreabrieron mientras consideraba su respuesta con cuidado. —Porque eres hermoso, y por cualquier razón que haya hecho que tu amistad con Algernon se desvaneciera, no me has tratado diferente. Sí, fuiste distante, pero lo eras antes de que mi reputación estuviera hecha trizas. No me has tratado distinto desde entonces... y confío en ti.

—¿Para ser discreto?

Ella asintió. —Para ser discreto, para ser el amante maravilloso que dicen que eres, y para protegerme de consecuencias imprevistas, ya que carezco del conocimiento y experiencia para hacerlo.

La mera idea de que Olivia llevara su hijo le resultaba profundamente satisfactoria. ¿Podría hacerle eso, tomar la confianza

que depositaba en él y abusar deliberadamente? No. La protegería, aunque fuera contrario a lo que deseaba. Aún así, la advirtió: —Haré lo que pueda, Olivia, pero debes entender que incluso los métodos más efectivos fallan... si eso ocurre—

Ella lo detuvo con un beso. Carecía de pericia pero era dolorosamente dulce por ello. —Lo enfrentaremos si o cuando debamos. Mientras tanto, ¿no podemos simplemente disfrutarlo, disfrutarnos?

Su beso inexperto era dolorosamente dulce y más tentador que el de la cortesana más diestra. —Mañana por la noche, Olivia... Asegúrate de que esto es lo que quieres. Absolutamente segura.

Durante el último año, la incertidumbre había perseguido cada uno de sus pasos. Ahora se había ido. No había duda en su mente de que deseaba a Burke. —Estoy segura. Completamente segura.



Al regresar del baile, el interior del carruaje estaba en silencio. Pero Olivia sintió la mirada de Algernon. —Si tienes algo que decir, hermano, hazlo por favor. Tu silencio se vuelve tedioso.

Algernon guardó silencio un momento más, luego habló con solemnidad. —¿Entonces aceptó tus condiciones?

—Así es —respondió Olivia suavemente—. No interferirás, Algie. ¿Lo prometes?

Él alzó las manos en súplica. —Mi interferencia en este asunto, perdona la desafortunada elección de palabras, ha terminado. Has tomado tu decisión y aparentemente Burke también.

La curiosidad brilló en ella. —¿Qué pasó para que terminara tu amistad?

—Yo era un idiota pomposo y presumido, por supuesto, y Burke perdió la paciencia conmigo, por así decirlo —respondió vagamente.

—Aún planeo mudarme a la casa en Brooke Street —dijo ella suavemente—. Y no es solo por mi acuerdo con Burke. Lo dije en serio cuando te dije que deberías tener esposa, Algie. Y yo sería un obstáculo.

—No nos adelantemos demasiado, Liv —dijo—. Veremos qué pasa con Burke y luego decidiremos. No tengo ganas de vagar solo por esa casa.

El carruaje se detuvo y un lacayo esperando bajó los escalones. Algernon descendió y luego la ayudó a bajar.

Olivia no vio razón para insistir según su respuesta, sin parecer una niña mimada. Así que accedió y permitió que él la acompañara a la casa. Ansiaba su cama, ansiaba el alivio del sueño de los nervios que la habían atormentado todo el día.



En las sombrías caballerizas tras la hilera de casas adosadas de Mayfair, los hombres observaban. —¿Por qué estamos aquí? —preguntó el primero, rascándose la cabeza.

—Para cobrar, pedazo de zoquete —respondió el segundo—. ¡Él quiere saber qué hace ella y debemos mantenerlo informado!

—Lo que hace es aburrirnos hasta la tumba —espetó el primer hombre—. Siempre pensé que estos ricachones lo tenían todo, pero si viviera como ella, me tiraría al Támesis sin volver a subir.

Una risa ronca escapó de su compañero. —Tienes razón. Estoy agotado. Ella ya está en casa y él querrá un informe. Si alguna vez saliera sin ese hermano suyo, saldríamos de este lío.

—Vámonos, Charlie... Antes de que alguien nos vea y llame a la ronda.

4

Capítulo Cuatro

La noche siguiente, Burke estaba en su biblioteca, esperando. Habían despedido a los sirvientes por la noche, excepto a su mayordomo, un hombre en quien confiaba para ser discreto. Su corazón palpitaba y estaba tan nervioso que cualquiera hubiera pensado que él fuera el virgen.

Una cena ligera estaba dispuesta para ellos frente al fuego con champán. En algún momento, Olivia le había expresado su afición a esta bebida, y él sabía que el líquido burbujeante calmaría cualquier nerviosismo que ella pudiera tener. No tenía intención de permitir que se embriagara demasiado, pero un poco de relajación no estaría nada mal.

Su pulso se aceleró cuando oyó abrirse y cerrarse la puerta. El ligero taconeo de sus zapatillas en el piso fue una tortura. Le pareció que le tomaba una eternidad llegar a la biblioteca.

Abrió antes de que ella pudiera siquiera tocar. Ella estaba frente a él con su pesada capa, la capucha subida para ocultar su rostro. Incluso entonces, él hubiera sabido que era ella. Pudo oler la misma fragancia floral y cítrica que lo había vuelto loco la noche anterior. Había podido sentir su aroma en su ropa después de su beso. Lo había obsesionado. —Pasa —dijo, y hasta para sus propios oídos,

sonó desesperado. Esforzándose por mostrar una apariencia de, si no neutralidad, al menos un nivel normal de anticipación, retrocedió de la puerta para que ella pudiera entrar. Observó cómo cruzaba la habitación hacia la mesita que había sido dispuesta frente a la chimenea. Incluso su forma de moverse era inconscientemente seductora. El grácil y femenino balanceo de sus caderas era hipnótico.

Olivia oyó cerrarse la puerta y supo que estaban solos. Echando hacia atrás la capucha de su manto, se volvió para mirarlo. Él llevaba puesto solo calzones y una camisa sencilla. Su corbata y su chaleco estaban desechados hacía rato, y su pelo estaba deliciosamente despeinado, como si acabara de pasar sus manos a través de él. —Esto es muy romántico. No imaginé que organizarías una seducción cuando ya llegamos a un acuerdo.

Burke sonrió: —La seducción no es solo para obtener consentimiento. Puede ser un placer en sí misma.

Ella sonrió ante el sentimiento. —¿Eres un romántico, entonces?

Él soltó una risita mientras abría el champán. —Soy un hombre. Pero salvo Byron y esos otros mozalbetes que suspiran por jovencitas en los bailes, a ninguno de nosotros nos gusta que nos llamen así. No, prefiero pensar que soy un hombre que comprende lo que desea una mujer.

Olivia estremeció, tanto por su tono como por sus palabras. Su voz escondía la promesa del placer. Recordando el deseo que él había avivado en ella la noche anterior con apenas un beso, tembló levemente mientras se movía para desabrocharse la capa. Él colocó la botella de champán en la mesa y luego se acercó para ayudarla. Sus manos apenas rozaron sus hombros, y aun así la dejaron débil. —Entonces parece que elegí bien —dijo, intentando sonar indiferente.

Burke podría haberse ofendido por sus palabras, como si no fuera más que un semental para servirla, pero había un ligero temblor en su voz, una vulnerabilidad que revelaba mucho más de lo que a ella le hubiera gustado. Colgando la capa sobre una de las sillas, contempló su aspecto. Llevaba un vestido sencillo, uno que sería suficientemente fácil de ponerse y quitarse sin la ayuda de una

doncella. Igualmente su cabello estaba peinado con sencillez. Recogido hacia atrás con una cinta, hacía que se viera más joven, y por un breve momento, lamentó lo que estaba por suceder. Pero se recordó a sí mismo que era la única manera. Sus intenciones con respecto a ella eran honorables, incluso si las de ella no lo eran.

La luz de la chimenea brilló sobre su cabello, haciéndolo relucir. —Eres tan hermosa —dijo.

—Durante muchísimo tiempo me pregunté si siquiera reconocías que yo era una mujer —dijo con un dejo de diversión—. Pensé que quizá para ti yo era simplemente una criatura sin sexo, a la que se toleraba solo por ser la hermana de Algernon.

—Jamás eso —dijo—. Estaba consciente de ti como mujer. Demasiado consciente, desde que tenías dieciséis años y viniste a cenar con tu primer vestido de noche. Llevabas el cabello recogido esa noche, y me preguntaba si tu esbelto cuello podría siquiera soportar el peso.

Olivia abrió los labios, sorprendida. Nunca había sabido, ni imaginado, que él la había visto. —Lo ocultaste bien.

Había tenido que hacerlo. En ese entonces había estado a punto de perder todo lo que no estaba vinculado y se había aferrado al último hilo del respeto de su familia por un milagro. Cualquier indicio en ese momento de que sus sentimientos hacia ella fueran algo más que fraternales, y Algernon lo habría retado a duelo con toda razón. —Eras muy joven. Cualquier otra cosa habría sido deshonroso —dijo simplemente. No era completamente cierto, pero se aproximaba bastante.

Olivia aceptó la copa de champán que le ofrecían, bebiendo un sorbo hasta que las burbujas le quemaron la nariz. Un calor de otro tipo se extendió por su vientre, y parte de la tensión que la había atormentado durante el día se alivió. Bebió de un trago el resto del líquido y extendió su copa para que la rellenaran. Su ceja alzada fue su única reacción externa. Ella notó que cuando le rellenó la copa, fue con una cantidad más moderada.

—No sería conveniente que estuvieras tan borracha que perdieras el conocimiento —dijo él.

Sus nervios, a pesar de sus esfuerzos, la estaban dominando. El miedo a lo desconocido se cernía, volviéndose cada vez más angustiante con cada momento que pasaba. Por eso, habló: —Realmente aprecio esto, Burke. Fue muy dulce de tu parte preparar una escena tan exuberante y encantadora, como dijiste. Pero si no es demasiada molestia, preferiría que simplemente pudiéramos—

—Si dices que deseas terminar con esto, mi ego tal vez nunca se recupere.

—No es eso… Bueno, lo es, pero no porque no quiera hacer esto. Es solo que cuanto más esperamos, más nerviosa me pongo, y si esperamos mucho más, podría perder por completo el valor. Entonces, ¿podríamos simplemente seguir adelante? —Lo que había comenzado como una explicación titubeante terminó con sus palabras tropezándose unas con otras en su prisa por decirlas.

—Entonces, por supuesto, sígueme —dijo él, y la llevó desde la biblioteca, subió las escaleras y se dirigió hacia sus habitaciones. Apenas se cerró la puerta detrás de ellos cuando él la atrajo hacia sus brazos y tomó sus labios.

Su beso fue más embriagador que el champán. Mientras sus labios se fundían con los de ella y su lengua se adentraba audazmente en su boca, ella quedó impactada por lo carnal del acto.

El calor la recorrió hasta que sus senos le dolieron y tuvo que reprimir el impulso de apretar los muslos para aliviar el dolor que se había instalado en la parte baja de su vientre. Podía sentir la humedad que se formaba en la entrepierna. No completamente ignorante de lo que iba a suceder, se maravilló de que él hubiera logrado provocar tal respuesta con nada más que un beso.

Burke soltó la cinta de su cabello, deslizando sus dedos entre las sedosas hebras mientras abandonaba la dulzura melosa de su boca para dejar un rastro de besos calientes y húmedos por su cuello. Sus manos se movieron desde su cabello, bajaron por su espalda, sobre sus costillas, hasta que sus pulgares se posaron en la parte inferior de sus exuberantes senos.

—Nunca imaginé que la seducción se sentiría así —dijo ella sin aliento.

—¿Y cómo se siente?

—Insoportablemente caliente, como si mi propia sangre estuviera a punto de hervir. Mi ropa se siente demasiado ajustada sobre mi piel, y sin embargo, por muy cálida que esté, no puedo evitar querer estar aún más cerca de ti —confesó ella.

—Eso, querida —respondió él, cerrando una mano completamente sobre su seno, su pulgar acariciando el endurecido capullo de su pezón—, es precisamente cómo se siente la seducción.

—Tócame entonces —susurró ella—, hazme arder.

No necesitó más incitación. Tirando del corpiño de su vestido, lo bajó hasta que pudo ver los círculos oscuros de sus pezones asomándose por encima del borde de su camisola y corpiño. Cerró sus manos sobre sus senos, amasando suavemente las suaves montañas, las puntas de sus dedos moviéndose sobre los capullos distendidos de sus pezones. No había esperado que ella fuera tan apasionada, tan ansiosa. Pero eso lo emocionó.

Con sus manos en sus senos y sus dientes rozando suavemente la tierna piel de su garganta, ella gimió. Fue un sonido terrenal, y eso puso a prueba su determinación de ser gentil. De mala gana, apartó sus manos de la exuberante abundancia el tiempo suficiente para aflojar los cordones de su vestido. Cuando este se abrió ligeramente, alcanzó las cintas de su corpiño, aflojándolas también, hasta que se soltaron por completo.

Sus senos eran generosos; sus puntas rosadas y oscuras, duras e hinchadas. Él inclinó la cabeza, presionando suaves besos a lo largo de las curvas de sus senos, hasta que alcanzó un pico endurecido. Presionó su lengua contra ella, rodeando ese capullo apretado, antes de dar un suave lametón. Animado por sus suaves gemidos y el arqueo de su espalda que había empujado sus senos hacia adelante para sus manos y boca codiciosos, cerró sus labios sobre su pezón, chupando profundamente.

—¡Burke! —jadeó ella, impactada por el torbellino de sensaciones que giraban dentro de sí. Le había pedido que la hiciera arder, pero en verdad, no lo había sabido. El calor suave que la había asaltado antes se había convertido en un furioso infierno dentro de ella.

—Querías pasión, Olivia —dijo él—. Querías arder.

—Más —instó ella—, quiero más.

Rápidamente, le quitó el vestido, empujando la tela hacia abajo hasta que se arremolinó en su cintura, y luego tiró de la falda hasta que dejó al descubierto la sedosa piel de sus muslos. No había enaguas debajo del vestido, solo una camisola de seda, tan fina que era casi transparente.

Bajo el ruedo de la camisola, que se detenía en la parte superior de sus muslos color crema, podía ver sus ligas bordadas y medias de seda. Jamás había visto algo tan perfecto como ella. Sus exuberantes senos se estrechaban hacia una cintura diminuta justo arriba de la curva de su cadera, haciendo que se le secara la boca. Casi podía sentir sus muslos enfundados en seda rodeándolo. El pensamiento incrementó el dolor de su miembro ya rígido.

Burke la levantó en brazos y la llevó a la cama. En lugar de unírsele inmediatamente, retrocedió un paso, con sus ojos recorriéndola desde las sueltas ondas de fuego de su cabello, bajando por su cuerpo cubierto de seda hasta sus pies calzados con zapatillas.

Bajo su mirada, Olivia sintió tanto deseo intenso como vergüenza intensa. Nunca la habían exhibido así. Las ganas de cubrirse los senos, de ocultar los rizos oscuros en la unión de sus muslos, peleaban con la emoción que le provocaba la mirada ardiente en sus ojos. Era lo que siempre había querido, comprendió, que Burke la mirara con deseo, que la viera como mujer y no como la hermana menor de su amigo. Dada su obvia apreciación por su figura ahora, le quedaba poca duda sobre su visión de ella.

—No sé qué hacer —confesó—. En teoría, comprendo lo que va a pasar, pero la realidad se me escapa.

Su sonrisa en respuesta acompañó a su mano fuerte rodeando su tobillo. Levantándole el pie, pasó los pulgares sobre los finos huesos, antes de quitarle la zapatilla de baile bordada. —Primero, tienes que relajarte.

Con sus manos amasando la tensión de su cuerpo, sus diestros dedos deslizándose sobre su pie en seda, su tobillo, y luego recorriendo la curva de su pantorrilla, no estaba simplemente relajada, se estaba derritiendo. —Pensé que se requeriría una participación un poco mayor de mi parte.

—Llegaremos a eso —dijo, mientras sus manos continuaban su exploración, deslizándose sensuales sobre su muslo, hasta el lazo bien atado que sostenía su liga. Un solo tirón y cedió, y con movimiento experto, deslizó la media de seda por su pierna, las yemas callosas de sus dedos moviéndose sensuales sobre su piel satinada. Cuando terminó, y la prenda pasó sobre su delicado pie arqueado, estampó un beso en el arco, haciéndola estremecer. Repitió el proceso hasta dejarla usando solo su camisola. Cuando estiró la mano para tomarla, ella lo detuvo, colocando sus manos sobre las suyas.

—¿Has cambiado de opinión, entonces? —preguntó él. La dejaría ir. Podría matarlo, pero lo haría.

Ella sonrió, una leve inclinación de labios que hizo que su corazón golpeara fuerte. —No, pero no es justo que yo esté casi desnuda y tú sigas completamente vestido.

Automáticamente, él alargó la mano hacia su camisa y se la quitó por la cabeza, lanzándola al suelo. —¿Es suficiente por ahora?

Al ver su pecho, Olivia simplemente no pudo respirar. Duros músculos esculpidos se flexionaban y ondeaban bajo piel bronceada. El leve vello le intrigó, esparcido sobre su pecho antes de estrecharse en una delgada línea que apuntaba hacia la cintura de sus calzones. Con timidez, extendió la mano, sus yemas rozando su piel, provocándole un gemido. La textura de su piel, el calor que emanaba, y el roce del vello áspero eran tan ajenos y a la vez increíblemente seductores. —Jamás pensé que un hombre pudiera ser hermoso, pero tú lo eres.

Burke atrapó su mano, llevándosela a la boca y besando su palma, antes de empujarla contra la cama. Sin querer aplastarla, apoyó su peso en el codo mientras besaba su mejilla, cuello, la delicada línea de su clavícula. Hundió la lengua en el hueco de su garganta y luego dejó un rastro de besos húmedos y calientes hasta los suaves montículos de sus senos. —¿Podemos deshacernos de esto ahora? —preguntó, tirando del ruedo de su camisola. Ella se ruborizó pero asintió.

Deshaciéndose rápido de ella, se unió a las demás prendas esparcidas en el suelo. El matorral de rizos cobrizos en el vértice de

sus muslos lo llamaba. Su mano navegó por su cadera, sobre su vientre, hasta rozar esos rizos apretados. Ella jadeó, pero no protestó. Con suaves caricias provocadoras, se movió sobre el monte de su sexo. Gradualmente, ella se relajó. Pudo sentir cómo cedía su tensión, entonces su mano bajó más, las yemas de sus dedos tocaron la hendidura húmeda antes de deslizarse dentro de ella. Con un escalofrío, se abrió a él, sus muslos separándose ante su mano exploradora. Profundizando las caricias, tocó las partes más sensibles de ella, y ella gimió. Ese sonido rico y terrenal disparó su propia necesidad a niveles nunca antes sentidos.

—Burke —dijo, su nombre escapando como medio suspiro, medio grito—. Eso se siente tan bien.

Él la besó. —Hay más... mucho más.

Con su mano enterrada entre sus muslos y su boca de nuevo en sus senos, Olivia no podía imaginar que algo pudiera sentirse más maravilloso. Pero al resbalar su boca sobre su piel, bajando desde sus senos, sobre su vientre, empezó a entrar en pánico. Aún antes de poder expresar la protesta que había brotado en su mente, su boca estaba *ahí.* Ya no podía pensar ni comprender.

Burke la saboreó, recorriendo con su lengua los húmedos y dulces pliegues de su sexo. Pasó la lengua sobre el endurecido botón de su clítoris y se deleitó con su gemido de respuesta. Continuando el exquisito tormento, observó su reacción. La tensión en sus muslos, el leve temblor de su vientre le indicaban que estaba muy cerca del clímax. Deslizó su dedo dentro de ella, maravillado por lo apretada que estaba, mientras seguía elevándola con sus labios y lengua. Ella se retorcía bajo él, pero él puso una mano firmemente sobre su vientre, sujetándola contra sí.

Cada suave gemido de sus labios entreabiertos, cada estremecimiento bajo su boca era una victoria para él, pero cuando sintió sus pulsaciones bajo él, las contracciones de su interior alrededor de sus dedos mientras su primer orgasmo la embargaba, quedó asombrado y ansioso. Quería estar dentro de ella, sentir el calor líquido de su cuerpo rodeándolo, acogiéndolo.

Olivia sintió que él se movía entre sus muslos, sintió sus manos separándola más completamente. El roce de sus piernas velludas

contra la sensible piel de sus muslos internos solo intensificó el placer que aún recorría su cuerpo. —Ahora, Burke... Te quiero ahora.

—No hay vuelta atrás, Olivia... Esta es tu última oportunidad de irte con tu virginidad intacta.

Envolviendo sus piernas más apretadamente alrededor de él, dijo: —¿Estás tratando de disuadirme?

Con un gemido, dijo: —No, pero odiaría que tuvieras arrepentimientos.

Arqueándose contra él, amando la sensación de su cuerpo duro entre sus muslos, su peso sobre ella, suspiró: —Mi único arrepentimiento es haber esperado tanto tiempo.

Burke aspiró aire entre dientes apretados. Para ser virgen, era malditamente atrevida. La combinación de inocencia y carnalidad lo volvía loco. Alcanzando entre sus cuerpos, la separó y guió solo la punta de su miembro dentro de ella. El calor era abrasador y el cálido apretón de su carne femenina alrededor de él era todo lo que había soñado. Presionó hacia adelante, penetrando más profundamente hasta alcanzar la barrera de su inocencia. Tomando su boca, tragó su grito agudo con la suya mientras se introducía completamente en ella.

Forzándose a permanecer completamente inmóvil, esperando a que el dolor cediera, besó su mejilla, su cuello, y contra el suave pabellón de su oído, susurró una ferviente disculpa. —Lo siento mucho, Olivia. Aliviará en un momento.

Ya estaba aliviando. El dolor había sido fugaz, pero la extraña sensación de tenerlo dentro de ella aún requería acostumbrarse. No era precisamente lo que había imaginado. —Está bien —dijo—. Ya no duele.

Burke la miró hacia abajo, a la delicada estructura ósea y la piel perfecta como porcelana, ahora sonrojada por la pasión. —Mejorará —dijo con una leve sonrisa, y luego se movió suavemente, flexionando sus caderas.

Ese pequeño movimiento cambió todo. El placer regresó tan rápido como había huido. —Ciertamente puedo ver que así es —murmuró sin aliento.

Habría sonreído, disfrutando su broma, pero su atención estaba concentrada intensamente en la tarea. Específicamente, en no acabar como un muchacho inexperto. Penetrando más profundamente en ella, sintiendo su carne caliente cerrándose a su alrededor, luchó por mantener cierta apariencia de control. Estableciendo un ritmo suave, observó cada una de sus respuestas, captando cada suspiro suave, cada respiración entrecortada, cómo sus párpados se cerraban y su cabeza caía contra las almohadas.

Su aliento salió en un grito agudo y sus uñas arañaron su espalda mientras se arqueaba bajo él. El temblor de su vientre y la tensión en sus muslos se intensificaron. Saber que ella pendía al borde del clímax avivó su propia necesidad. Enganchando una mano tras su rodilla, subió su pierna más alto sobre su cadera, alterando el ángulo ligeramente.

Su inhalación de aire se contuvo, su cuerpo tensándose bajo él. Su interior se apretó alrededor de él, atrayéndolo más profundamente, reteniéndolo. Cada espasmo a su alrededor quebrantaba su control. Desesperado, empujó una última vez y luego se retiró, derramándose en su muslo en lugar del acogedor refugio de su cuerpo.

Sosteniéndose sobre ella, con la respiración entrecortada y el sudor cubriendo su piel, Burke acababa de cometer posiblemente el mayor pecado de su vida. Solo deseaba ser un hombre lo suficientemente honorable para arrepentirse.

5

CAPÍTULO CINCO

—¿Por qué están aquí?

Charlie y Martin se miraron nerviosos. —Salió toda la noche. Toda la noche. A una mansión en la calle Curzon.

Ninguno de los dos estaba preparado para la reacción de su patrón. La gruesa copa de cristal en su mano se hizo añicos contra la puerta detrás de ellos. —¿Sola… de noche? ¿Sin escolta?

Charlie asintió. —Sí, milord.

El tipo, como lo llamaban, los fulminó con la mirada. —Les pagué para vigilarla, para observarla, y para capturarla cuando se presentara la oportunidad. Y salió en la oscuridad, sola, y fracasaron miserablemente, bastardos inútiles.

A ninguno le ofendió que los llamaran bastardo. Para ambos, era simplemente la verdad de su nacimiento. —No hubo oportunidad. Salió de la casa envuelta en una capa pesada, subió a un carruaje que esperaba y se fue. Seguimos detrás, recortando por las caballerizas, y la vimos cuando la hacían entrar en la otra casa —respondió Martin.

—Este carruaje… ¿tenía alguna marca identificable?

—No, milord. Pero esos caballos se distinguirían fácilmente. Grandotes. Negros como el carbón, con crines largas y ensortijadas.

Las bestias más hermosas que he visto.

El hombre sonrió entonces. —Caballeros, acaban de ganar su paga… Sigan vigilándola. Solo observen sus actividades hasta nuevas órdenes. Si ha formado un vínculo con el caballero que sospecho, quizás pueda usarlo para someterla sin recurrir a la violencia.

—No entiendo —dijo Charlie.

El tipo los miró con sus ojos fríos y muertos. —No les pago para que entiendan. Solo repórtenme la próxima vez que vaya a esa casa. Inmediatamente.

Los hombres asintieron y salieron rápidamente. Una vez fuera, Martin miró a Charlie. —No me importa lo que nos pague. Ojalá nunca hubiéramos tomado este trabajo.

Charlie asintió. —Pero lo hicimos. Y no creo que sea del tipo que nos deje renunciar. Nos apuñalaría sin pensarlo.

—¿Qué crees que le hará a ella entonces?

Charlie se encogió de hombros. —Mejor ella que nosotros.



Olivia despertó con el suave roce de unos labios contra su nuca, bajo la línea del cabello. Sonrió. Su sonrisa se convirtió en un gesto de dolor al estirarse y sentir las protestas sensibles de sus músculos, consecuencia de sus esfuerzos de la noche anterior.

—¿Te duele? —susurró Burke en su oído—. ¿Cómo diablos pasó eso?

Ella se ruborizó. —Sabes muy bien cómo pasó. ¡Ya me he comportado con suficiente escándalo como para además tener conversaciones indecentes!

Él rió suavemente. —Dijiste muchas cosas indecentes anoche, Olivia. Y pronto dirás muchas más.

Su corazón latió con fuerza ante la promesa sensual de su tono. —¿Qué tan pronto?

—No esta noche. Me temo que soy viejo y me has agotado —bromeó.

Ella giró sobre su espalda y lo fulminó con la mirada. Afuera aún estaba oscuro, pero en algún momento, él se había levantado para avivar el fuego y ella podía verlo claramente. Desnudo. Su cabello despeinado por sus propias manos inquietas. La sombra oscura de su barba resaltaba los planos de su rostro. Era tan apuesto que la dejó sin aliento. Y era su amante.

—Nunca pensé estar en esta situación contigo —dijo—. Jamás.

Sus labios se tensaron en un ceño y sus cejas se fruncieron. —¿Te arrepientes de esto, Olivia?

La nota de dolor en su voz, de remordimiento, no pasó desapercibida. —Para nada. ¿Cómo podría? Me has dado mucho más de lo que esperaba. Quería conocer la pasión, experimentar el placer… pero ni en mis fantasías más audaces podría haber imaginado lo que pasó en esta cama contigo.

—Tenemos que llevarte a casa antes de que amanezca —insistió él—. Levántate y te ayudaré a vestirte.

—¡Qué ansioso por deshacerte de mí! No es como si tuviera una reputación que proteger, Burke —insistió ella.

—Tú sí la tienes… y yo también. Acordé ser tu amante, Olivia. No seré el instrumento de tu ruina.

—Precisamente tu instrumento es la razón por la que estoy arruinada —dijo ella con descaro.

Burke cerró los ojos y soltó un gemido. —Dios mío. Una noche de pasión y te has vuelto completamente depravada y cínica.

—¿De verdad? —preguntó ella, con los ojos muy abiertos de deleite.

Él sonrió. —Ni siquiera cerca. Anoche… fue solo el comienzo. Hay tantas cosas, Olivia, que quiero que experimentes, que quiero enseñarte. Pero por ahora, debes irte. Dado nuestro entusiasmo de anoche y tu inexperiencia, sería imprudente seguir complaciéndonos.

Levantándose de la cama, de pie frente a él con piernas que temblaban, supo que tenía razón. —Ayúdame. No creo que pueda arreglármelas sola.

Desnudo, Burke se levantó de la cama sin ningún tipo de vergüenza y comenzó a recoger su ropa. Cada capa que le ponía en

el cuerpo estaba puntuada por besos y caricias que la hacían cuestionar la necesidad de partir. —¿Estás segura de que debo irme?

Él se acercó más a ella, lo suficiente como para que pudiera sentir la presión dura de él contra su cadera. Ya no había ninguna duda para ella sobre lo que eso significaba exactamente. Aun así, la ayudó a ponerse la camisa y el corsé.

—Si hubiera alguna otra manera, Olivia, te mantendría en esta cama todo el día… pero necesito ocuparme de varios asuntos en una pequeña propiedad que tengo cerca de Bath. Volveré en cuatro días. Antes si se puede.

Ella no quería aferrarse, necesitarlo, pero la idea de que se separarían le dolía intensamente. —No me había dado cuenta de que te irías tan pronto.

Él la atrajo hacia sí, con su espalda contra su pecho, y cerró los brazos alrededor de ella, presionando un tierno beso en el costado de su cuello. —No es por elección, te lo prometo. Preferiría quedarme aquí contigo. Pero este es un asunto que ya ha sido ignorado demasiado tiempo.

—A tu regreso, estaré residiendo en otro lugar —dijo ella—. Le he dicho a Algernon que deseo ocupar la casa en Brooke Street. Ya he contactado a una agencia para contratar a una acompañante y mantener al menos la ilusión de respetabilidad.

Él sonrió ante eso. —Supongo que pretendes contratar a alguien con mala vista y mal oído.

—Es una agencia especial… Después de mi propia caída en desgracia, descubrí que hay una agencia particular que busca proporcionar empleo a mujeres que han sufrido destinos similares. Es una noción muy progresista —explicó ella.

—¿Eres una reformista entonces? —preguntó él, colocando un tierno beso en su hombro. Le siguió un suave mordisco de sus dientes que le provocó un escalofrío.

—No —dijo ella suavemente—. No tengo ningún deseo de enfrentarme a la sociedad. Sé muy bien lo viciosos que pueden ser sus dientes y garras. Pero me gusta la idea de que podría emplear a una chica que de otro modo sería inempleable y cambiar solo su vida.

Burke suspiró. Ella deseaba ser una salvadora, ofrecer a alguien un futuro respetable de una manera que sentía que estaba perdida para ella—culpa, arrepentimiento, un odio profundo y perdurable por Melville; todas esas cosas luchaban dentro de él. Pero nada tenía tanto dominio sobre él como su necesidad de ella. Ardía dentro de él como una llama bien alimentada.

—Vamos a llevarte a casa antes de que todo Londres esté despierto para presenciar tu partida —dijo él. Recuperando su bata, se la puso rápidamente y la acompañó escaleras abajo. Se detuvo solo el tiempo suficiente para recoger su capa de la biblioteca. El cochero la esperaba afuera, frente a la casa. Ella no tenía idea de cuándo había tenido tiempo de arreglar eso, pero no iba a cuestionarlo. Estaba bastante claro que, aunque se consideraba reformado, todavía era bastante hábil en sus costumbres de libertino.

6

CAPÍTULO SEIS

—¿Debo asumir que usted es el motivo que arrastra a mi hermana hacia una vida independiente con casa propia? —

Burke alzó la vista de su plato al ver a Algernon entrar con paso resuelto al comedor como si fuera lo más normal. Su mayordomo, Waldroop, permanecía en la puerta, visiblemente inseguro de cómo actuar. Hubo un tiempo en que las irrupciones de Dunne sin anunciarse eran la norma. Haciendo una señal de despedida al anciano, Burke escudriñó al invitado no deseado.

—Solo porque no te he dado un puñetazo en la cara, no significa que no lo haré —agregó Burke—. No discutiré sobre Olivia con usted. Nunca más. —

Algernon se servía comida en el aparador. Sin duda ya había desayunado, pero siempre tuvo un apetito voraz. —Me expresé mal entonces. No era tanto una pregunta como una observación. La casa está revuelta. Un verdadero torbellino de actividad mientras ella empaca y se prepara para mudarse. —

Había un tono en la voz de Dunne que endureció la expresión de Burke. —No quieres que se vaya… no porque te preocupe, sino porque temes quedarte solo. —

Algernon tomó asiento y dio un mordisco considerable al desayuno que nadie le había ofrecido. Tras tragar, replicó: —Me he acostumbrado a su presencia. Pero ella tiene razón al estimar que, mientras permanezca en la residencia, yo no me casaré. Quizá sea lo mejor. —

La curiosidad lo fastidiaba. No quería importarle nada de Algernon, su vida o su elección de esposa. Pero le importaba. —¿Hay entonces alguna dama que haya despertado su interés? —

Algernon sonrió con suficiencia. —Muchas han despertado mi interés… aún no encuentro a quien pueda retenerlo. —

—Me marcho a Bath; un asunto de propiedades —explicó Burke —. Veré a Olivia a mi regreso… pero solo a Olivia. —

Algernon dio otro mordisco. —No busco perdón. No lo hay. Pero en este caso, al menos deberíamos ser aliados. Olivia confiará en mí, y lo que me confíe podría servirle en su conquista de ella. —

—¿Hasta que descubra que usted frecuenta mi casa? —protestó Burke—. En ese momento deducirá rápido que hay algún plan entre manos. Olivia no es crédula ni ingenua… ya no. —

—Ni inocente —replicó Algernon de inmediato—. Aunque comprendo la necesidad de cortejarla de modo tan poco ortodoxo (y no solo eso, sino por mi propia sugerencia), aún así quiero asesinarlo —.

—Olivia es mía. Lo sepa, lo acepte o siquiera lo consienta… es mía —respondió Burke con acero en la voz. No la perdería de nuevo y recurriría a cualquier medio necesario para asegurarlo. —

Algernon se levantó de la mesa. —Ofreceré toda la ayuda posible si ella se muestra renuente… Sin importar lo ocurrido entre ustedes, no permitiría que la obligaran a casarse. Debe ser su elección. Ya le han arrebatado demasiadas decisiones. —

Esa declaración apaciguó su temperamento efectivamente. Por mucho que lo irritara admitirlo, Algernon tenía razón. Debía ser elección de Olivia, y costara lo que costara, él le permitiría tomarla.

Los hombres no se despidieron. Algernon simplemente salió, dejando a Burke sentado en el silencio del comedor. Tras un momento, Burke apartó su plato y se levantó. La brutal cabalgata a Bath era justo lo que necesitaba… penitencia.

~

Olivia examinó a la mujer frente a ella con toda la calma que logró reunir. Pero por dentro, estaba exultante. Wilhelmina Carlton era simplemente perfecta en todo aspecto. Solo unos años mayor que Olivia, pero "viuda" respetable, Wilhelmina brindaría la ilusión perfecta de decoro.

—Señora Carlton —comenzó Olivia, haciendo una pausa para recuperar la compostura—. A muchos les parecerá extraño que elija dejar la casa de mi hermano para vivir sola, pero anhelo cierta libertad en mi vida. Dado mi estado de soltera, esa libertad solo podrá lograrse si proyecto una imagen respetable con una acompañante apropiada. —

La señora Carlton asintió. Su cabello rojo captó la luz. Era mucho más bonita de lo que aparentaba. Peinado hacia atrás con severidad, llevaba unos anteojos que Olivia sospechaba puramente decorativos posados al final de su nariz, y su vestido lucía el tono de marrón más antiestético que hubiera visto jamás.

—Sí entiendo, señorita Dunne. Debe ser muy difícil ser una mujer soltera e independiente en una ciudad llena de miradas entrometidas. Soy una empleada muy discreta, por completo leal a mis empleadores —le aseguró la mujer.

Olivia decidió entonces que debía ser totalmente sincera. —Voy a decirle algo impactante, señora Carlton, algo que bien podría influir en su decisión de aceptar mi oferta de empleo, pero antes necesito su promesa de absoluta discreción.

—Desde luego que la tiene, señorita Dunne.

Olivia tomó aire profundamente. Aparte de Algernon y Burke, nunca había pronunciado en voz alta cosas tan escandalosas ante otra persona. —Planeo vivir una vida que no sea casta. Si no desea continuar esta entrevista...

La señora Carlton alzó una mano. —Permítame, señorita Dunne: la castidad está muy bien para jovencitas recién salidas del colegio. Pero para mujeres en posición de no casarse, o de no volver a

hacerlo, la expectativa de vivir sin el consuelo de la compañía es demasiado. Nuevamente, seré discreta y totalmente leal.

Olivia quiso aplaudir de alegría. En cambio, mantuvo la compostura. —¿Sería adecuado un salario de treinta y cinco libras al año?

La señora Carlton perdió entonces toda serenidad. Su mandíbula cayó y parpadeó como un búho. —Es usted muy generosa, señorita Dunne —logró decir al fin—, pero seguro que no podría aceptar tanto.

—Tonterías. Vivir en un hogar poco convencional requiere salarios poco convencionales —declaró Olivia con firmeza—. La casa deberá estar lista mañana. Si pudiera presentarse por la mañana para instalarse. Le avisaré al mayordomo de su llegada.

Después de que la señora Carlton se marchó, Olivia se retiró a la sala de música y al piano. Al entrar, se dio cuenta de que hacía meses que no pisaba ese lugar y más aún desde la última vez que había tocado. Tanto tiempo, de hecho, que los sirvientes, sin duda bajo instrucciones de su hermano, habían cubierto el instrumento con telas de holanda.

Al retirar la tela, dejó al descubierto las teclas y dejó que sus dedos se deslizaran sobre ellas. A pesar del desuso, el instrumento aún estaba bien afinado. Tomó asiento, posicionó los dedos con más seguridad sobre las teclas y comenzó a tocar una de sus piezas favoritas. La conocía tan bien que no necesitaba partitura.

Mientras el sonido llenaba la habitación, una suave sonrisa curvó sus labios. Por primera vez en mucho, mucho tiempo, se sintió completamente ella misma.



AFUERA, agazapado en un rincón de los establos cerca de la esquina de la casa, Charlie miró a Martin y sonrió sin dientes. —Es bonito, ¿verdad?

Martin frunció el ceño. —Nunca deberíamos haber aceptado este trabajo, Charlie. No tengo ningún problema con esa chica y no sé

qué estará planeando su señoría para ella, pero no será nada bueno.

—Ya lo aceptamos, y no podemos echarnos atrás. ¡Lo que sea que nos ordene hacerle a esa chica, lo haremos!

—¡Acabaremos colgados! —protestó Martin—. ¡No quiero que me estiren el pescuezo!

—Tanto si colgamos como si nos pide una bala entre las cejas, tú y yo muertos estaremos igual —insistió Charlie—. Nuestra única oportunidad es hacer lo que pida. Ahora solo es vigilarla. Apuesto a que pronto cambiará.

Martin se estremeció. No le gustaba. Para nada. Pero Charlie le había salvado el pellejo más de una vez y él solía seguir su ejemplo en todo. Esto no sería diferente. Aun así, ladeó la cabeza y escuchó la tenue música de piano que salía de la casa. Ella le parecía una pobrecita y sentía lástima por ella, pero eso no significaba que no le clavaría un cuchillo para salvarse el propio. Habiéndose criado donde lo hicieron, aprendías rápido que hacías lo que fuera por sobrevivir. Podía ser tan despiadado como necesitara serlo.

—¿Entonces le contamos sobre su regreso al amanecer y sobre la acompañante que contrató?

Charlie asintió. —Le contamos todo, Martin. Es la única manera de salir de ésta.

7

CAPÍTULO SIETE

Burke suspiró cansadamente mientras examinaba los libros de contabilidad. Había cabalgado un día entero y parte de otro para llegar a la finca. Agotado hasta los huesos y resentido por haber sido apartado de Olivia tan pronto, los registros y cuentas eran lo menos atractivo que podía imaginar tener que manejar. Pero no se trataba de lo que él quisiera hacer. Después de todo, era su deber asegurar que las propiedades bajo su cuidado prosperaran y también las arcas familiares.

Habían sido cuatro largas horas revisando columna tras columna de cifras que solo apuntaban a una respuesta posible. Su administrador lo había estado robando descaradamente, o habría continuado con sus fechorías sin control durante mucho más tiempo.

—Lindley, se ha salido con la suya durante meses —dijo Burke a su administrador—. ¿Cómo es posible que recién ahora se descubra?

—Ha sido un trimestre, señor —dijo Lindley con tono disculpatorio—. El primer mes, hubo excusas... inquilinos atrasados con la renta, reparaciones en la finca que nunca se materializaron. Necesitaba más pruebas y la única manera de obtenerlas era permitirle continuar con su perfidia.

—¿Él está al tanto de que usted ha estado investigando este robo?

Lindley suspiró. —No podría decirlo, señor. Le dije que estábamos revisando los registros y libros de contabilidad para buscar maneras de hacer la finca más rentable o ver qué inquilinos había que despedir. Si él se lo creyó o no, es una incógnita. Puse a uno de los mozos de cuadra a vigilar su cabaña para ver si intentaba escapar.

Burke se recostó en su silla y se restregó las manos por la cara. La parte más maldita de todo era que estaba más molesto por el retraso previsto de su regreso a Londres que por cualquier ganancia ilícita que su administrador hubiera obtenido. Era como cualquier otro perrito enamorado: embobado, locamente enamorado, loco por ella de una manera que desafiaba toda lógica y razón.

—Ponga a otro mozo de cuadra... uno para seguirlo y otro para dar la alarma —ordenó Burke—. Necesitaremos tener todos los hechos antes de enfrentarlo, y con el magistrado... ¿quién es el magistrado aquí?

—Sir John Bellows, señor.

Al oír ese nombre, Burke simplemente negó con la cabeza. John Bellows había asistido a Eaton con él, pero no habían sido amigos. Tampoco lo serían ahora. —Si es Bellows, sus pruebas deberán ser totalmente irrefutables, Lindley. El hombre me detesta.

—Lo sé, señor. Sir John ha hecho poco esfuerzo por ocultar su animosidad... algo sobre una vieja enemistad de sus días de escuela, ¿no es cierto?

—Eso es todo por esta noche, Lindley. Echaremos un vistazo nuevo a esto mañana cuando no esté tan cansado que los números se me mezclen.

—Sí, señor. Buenas noches, entonces.

Cuando el hombre se hubo ido, Burke sacó un fajo de papel del cajón del escritorio y escribió una carta a Olivia. Tomaría más de cuatro días, de eso no había duda. Pero cuánto más, no podía decir. —Maldita sea —murmuró mientras ponía la pluma sobre el papel.

PASEANDO por Bond Street con su acompañante asalariada, Wilhelmina Carlton, a su lado, Olivia se detuvo frente al escaparate de una tienda. No era la primera vez ese día que experimentaba la extraña sensación de estar siendo observada. Con el pretexto de examinar las mercancías de la tienda, estudió los reflejos en el cristal, pero no vio nada sospechoso.

Con la redecoración de la casa en marcha, Olivia aprovechaba cada oportunidad para salir de ella y alejarse del desorden. Ir de compras era una distracción siempre bienvenida, y una distracción era algo que necesitaba desesperadamente. Burke, o más particularmente, su ausencia, pesaba en su mente. Los cuatro días habían llegado y pasado, pero él aún estaba en Bath. Una carta de él había llegado esa misma mañana, habiendo venido durante la noche en el carruaje de correos. Gran parte de la carta había sido directa, contándole de las complicaciones que había enfrentado al lidiar con los problemas en su finca. Otras partes de la carta le provocaban un rubor en la cara solo de pensarlas.

Entre las leontinas y las tabaqueras expuestas había un elegante alfiler de corbata. Simple, su única ornamentación era una simple piedra de ojo de tigre pulida, inmediatamente pensó en Burke.

—Es un artículo encantador —notó Wilhelmina—. Sin duda le quedaría bien a cualquier caballero elegante.

Olivia la miró. —Mi hermano me advirtió sobre esto... que no sería capaz de mantener apartados mis sentimientos más tiernos en medio de un romance. Me temo que tenía razón.

La señora Carlton no dijo nada por un momento, pero cuando habló, su voz era baja y en tono conspirativo. —¿Sería entonces algo tan malo enamorarse de él?

Olivia frunció el ceño ante eso, mirando por encima del hombro para asegurarse de que el lacayo que las seguía no pudiera oír su respuesta. Justo más allá de él, vio a dos hombres de aspecto rudo. Estaban fuera de lugar en Bond Street, ni caballeros ni sirvientes. Justo cuando lo pensó, se dieron la vuelta y se dirigieron en otra dirección.

Dejándolos fuera de su mente, consideró cómo responder a la señora Carlton. Burke era para ella lo que el opio era para otros.

Cuanto más lo tenía, más lo quería. Siempre había pensado que el amor era una emoción tierna y dulce. Si lo que sentía era amor, no podría haber estado más equivocada sobre su naturaleza. Era algo vicioso que retorcía y arañaba, alternando entre crear un río de dudas que inundaba su mente y dejarla con un anhelo de él que era completamente miserable. Su único alivio llegaba en las horas en que él estaba presente, pero incluso entonces, el conocimiento de que su arreglo era temporal pesaba mucho en su mente.

—Temo que sería muy malo para mí, en efecto, pero también temo que ya es demasiado tarde —dijo Olivia en voz baja mientras se dirigía a la puerta de la tienda.

Fue un impulso comprarle un regalo. Era algo que haría una esposa. No una amante. Pero no pudo contenerse. Momentos después, tras adquirir el alfiler de corbata, salió de la tienda y entregó el pequeño paquete al lacayo para que lo llevara junto con sus otras compras.

—Creo que he terminado de comprar por hoy, Wilhelmina. Volvamos a casa ahora.

—Por supuesto, señorita Dunne. Hoy ha hecho muy felices a muchos comerciantes.

Olivia se rió. —Haré que más de ellos sean felices antes de que pase mucho tiempo. Tendré que redecorar toda la casa de arriba abajo. Si tengo que dedicar mi vida a eliminar las atrocidades que sufrió esa pobre casa, lo haré.

Paseaban mientras conversaban, dirigiéndose a Brooke Street y al caos de un hogar en plena renovación.

—Tengo una teoría sobre los interiores de la casa —dijo Wilhelmina—. ¿Y si no fue mal gusto en absoluto, sino una venganza mezquina?

Olivia arqueó una ceja. —No conozco a nadie a quien deteste tanto como para imponerle ese nivel de fealdad. Los querubines desnudos y curiosamente bien dotados pintados en el techo de la habitación principal son espantosos.

Wilhelmina soltó una risita. —Son un poco lujuriosos, ¿verdad?

—Sí —convino Olivia—. Estoy segura de que el artista, si es que puede llamársele así, pretendía que parecieran extasiados, pero

fracasó miserablemente en el intento.

Cuando se acercaban a la casa, un alboroto en la calle las detuvo en seco. Un carro con una rueda rota había derramado cajas de manzanas por toda la calle. Los intentos de limpiar el desastre parecían empeorarlo. —¡Dios mío! Qué desastre —comentó Wilhelmina—. ¿Quizás deberíamos caminar más abajo para cruzar?

Olivia asintió. —Podemos caminar hacia abajo y entrar por las caballerizas.

Wilhelmina dio un grito ahogado. —¡Señorita, no! No debe entrar por la entrada de servicio.

Era realmente divertido que pudiera vivir independientemente como una mujer casada, llevar un romance apasionado, o al menos pronto lo sería, y sin embargo la idea de que pudiera entrar a su propia casa por la cocina fuera horrorizante. Con un movimiento de cabeza y una sonrisa irónica, Olivia respondió: —Me he convertido en una mujer escandalosa, señora Wilhelmina Carlton, y hago lo que me place. Eso incluye usar la entrada de servicio cuando es más conveniente.

Al avanzar más por la calle, Olivia sintió un ligero escalofrío en la columna vertebral, una sensación de presentimiento se apoderó de ella. Mirando por encima del hombro, vio a los dos hombres de nuevo, los mismos tipos de aspecto rudo que había visto antes. Pero ya no se quedaban atrás y simplemente las observaban. Se acercaban a su pequeño grupo a paso rápido, claramente con algún propósito nefasto en mente.

—Muévase rápido, señora Carlton —la instó Olivia. Su pánico debió de ser evidente porque la señora Carlton echó un vistazo por encima del hombro a los hombres que se acercaban y emitió un sonido de alarma.

Tomando a su compañera del brazo, Olivia arrastró a medias a la mujer a través de la calle, esquivando caballos y carros, sin importarle el barro mientras se dirigían a la entrada de las caballerizas. Estaría llena de sirvientes a esa hora del día, entrando y saliendo de los jardines traseros y las caballerizas. Si lograban pasar el portón, estarían a salvo.

—¡Corran! —ordenó Olivia mientras cruzaban la calle a toda velocidad y pasaban el portón.

Acababan de cruzarlo cuando ella tropezó. El tacón de su bota resbaló en el barro, pero cuando los dos matones la alcanzaron, agarrándola por la espalda de la capa, su impulso hacia abajo la alejó de ellos. La capa se soltó, ondeando en sus manos mientras ella se deslizaba más lejos de su alcance. Maldijeron y huyeron mientras varios sirvientes de otras casas miraban con curiosidad.

Tendida en el suelo, con las nalgas ardiendo por el golpe y el tobillo palpitando dentro de su bota, Olivia consideró las implicaciones de lo que acababa de suceder.

La señora Carlton la ayudó a levantarse. —¿Está herida?

—No —dijo Olivia—. Solo estoy conmocionada. ¿Qué podrían haber querido? Seguramente, si su objetivo hubiera sido el robo, el pobre lacayo cargado de paquetes habría sido un mejor blanco.

La señora Carlton frunció el ceño. —Nunca intentaron agarrar su reticula, señorita Dunne. Estaban intentando agarrarla a usted.

Olivia se estremeció ante la idea. —Ya me han secuestrado antes, señora Carlton. No me gusta nada.

—¿Qué haremos?

Olivia pensó en la carta de Burke. —Nos vamos de la ciudad. Rápidamente y antes de que regresen.

—¿Qué podrían haber querido, señorita?

Solo había una respuesta posible—su fortuna.

8

CAPÍTULO OCHO

Burke observó al administrador con recelo. Había tomado casi una semana revisar los libros de cuentas para rastrear todo lo que se había llevado. El hombre había estado robando no durante meses, como se pensaba al principio, sino durante años. Solo cuando la propiedad se volvió más próspera, sus robos se hicieron más audaces, hasta el punto de la temeridad.

—Me ha robado, señor Harper. ¿Acaso lo niega?

—Se me debía —gimoteó el administrador—. Bajo su padre, nunca me pagaron lo que merecía.

—¡Hasta que murió y yo tomé el control de la propiedad. ¡Entonces se le pagaron todos los atrasos y recibió un aumento! —espetó Burke—. ¡Ha pagado mi generosidad con robo!

—Por favor, mi señor...

—¡Está despedido, Harper. ¡Despedido! —gritó Burke. El anciano se encogió ante él, provocando una compasión involuntaria. Tras respirar hondo, exhaló y se obligó a calmarse—. No enviaré a un hombre en su vejez a la prisión, pero dejará de ser mi empleado y abandonará mi propiedad.

—¡Pero no tengo adónde ir, mi señor!

Eso era exagerar un poco, incluso para el astuto viejo bastardo. Se había llevado suficiente dinero de la propiedad como para vivir cómodamente el resto de su vida. —Debería poder comprar una pequeña cabaña con lo que ha desviado... ¡cielos, prácticamente podría comprar una propiedad!

Llamaron a la puerta y entró el mayordomo. —Perdone la interrupción, mi señor, pero acaba de llegar una joven.

—¿Quién es esa joven, Northrup? —preguntó Burke, tomando un sorbo del whisky que acababa de servirse.

—La señorita Dunne, mi señor —respondió el mayordomo con rigidez—. Y su acompañante, la señora Carlton.

Burke atragantó y tosió mientras el whisky le quemaba el gaznate. Había bebido de golpe ante la noticia inesperada y había tragado más de esa bebida embriagante de lo previsto.

Ella estaba allí. Olivia estaba en la entrada mientras su mayordomo la llamaba "joven". —Northrup, lleve a la señorita Dunne y a su acompañante al salón y prepare habitaciones para ellas.

Las pobladas cejas del mayordomo se alzaron horrorizadas. —Pero, mi señor... es decir... ¡no está casada!

—Lo sé, Northrup —dijo con rigidez—. Pero es una invitada en esta casa y se le brindará toda cortesía. ¿Queda claro?

El mayordomo asintió, aunque claramente disgustado con su respuesta. Volviéndose hacia el señor Harper, añadió—: Empaque solo sus pertenencias personales. El señor Lindley lo escoltará fuera de la propiedad, ¡y no regresará!

El anciano sollozó y gimió, pero con una teatralidad tan evidente que Burke permaneció impasible. Se levantó y se dirigió al señor Lindley, quien había observado todo en silencio. —Asegúrese de que no se lleve nada más, ¿verdad?

Frustrado y asqueado, Burke salió de la biblioteca y se dirigió al salón, preguntándose qué diablos había traído a Olivia a su puerta. Estaba siendo imprudente de un modo que no lograba comprender, lo que solo podía significar que algo desastroso había ocurrido.

Al entrar en el salón, se detuvo en seco al verla. No parecía posible que hubiera ganado más belleza en la semana transcurrida desde su despedida, y sin embargo, a sus ojos así era. O

simplemente la había extrañado. Terriblemente, de hecho. Hasta el punto de la vergüenza.

—Sin duda me alegra verte, pero ¿en qué demonios estabas pensando? —exigió.

Ella parpadeó, mirándolo. —¿Y así saludas a tus invitadas? ¿Ni siquiera un hola?

Burke miró a la acompañante. —Señora Carlton, ¿verdad?

—Sí, mi señor —respondió la mujer.

—Si busca al mayordomo, Northrup, él la ayudará a instalarse.

—Por supuesto, mi señor —contestó, abandonando rápidamente la habitación y dejándolos solos.

—Olivia, ¿no ves el escándalo que estás provocando al venir aquí?

La respuesta de Olivia vino acompañada de poner los ojos en blanco. —De verdad, Burke. ¿Acaso anuncié a todo Londres que me lanzaba directamente a tus brazos? La única persona que sabe que me fui es Algernon y él cree que estoy tomando las aguas en Bath.

—No seas ingenua. Los chismes de Londres siempre se enteran —respondió él.

—Salimos en un coche alquilado, no de Algernon, y ambas vestíamos capas y velos. Te aseguro que parecíamos dos viudas en luto profundo.

—Regresaba en unos días… ¡Lamento haberme demorado tanto!

Ella ladeó la cabeza y habló con frialdad. —Seguramente no pensarás que tomé estas medidas solo porque anhelaba tu compañía, ¿verdad Burke? ¡De verdad! ¡Tu vanidad es extraordinaria!

Eso lo detuvo en seco. —Si no es eso, ¿entonces por qué?

—Ocurrió un incidente, Burke… Dos hombres intentaron secuestrarme en la calle frente a mi casa.

—¿Qué?

Ella se inclinó hacia adelante y habló en tono serio. —Eran tipos rudos, sin duda contratados. He estado reflexionando y siempre dudé que Melville fuera capaz de urdir un plan tan grandioso. El hombre era un auténtico torpe. Para mí, esto prueba que no lo era.

Temo que su cómplice o cómplices hayan decidido seguir tras mi fortuna.

Solo pensarlo le heló la sangre. Recordar el miedo que lo atenazó sin piedad cuando Melville la raptó, el puro terror de encontrarla en un carruaje destrozado, magullada y ensangrentada, volvió con una ferocidad que no podía explicar. —¿Estás ilesa?

—Unos rasguños y moretones, pero por lo demás bien. Sentí que era mejor no tentar al destino. Pensé que alejarme de Londres era la mejor opción y aquí el lugar menos probable donde alguien me buscaría —explicó.

Parecía tomarlo con total naturalidad, y por su bien, era importante que él mantuviera esa apariencia. —¿Y esa es tu única razón?

Una sonrisa coqueta asomó en sus labios. —Quizá no la única razón, pero ciertamente una convincente. ¿No te molesta verdad? ¿Que me haya beneficiado de tu hospitalidad sin invitación?

Él se acomodó en el sofá a su lado. —Puedes aprovechar cualquier cosa mía que desees. Eso siempre será cierto.



El viaje desde Londres en un coche incómodo y con olor a humedad ya había sido bastante difícil. Con los golpes y magulladuras que había sufrido en su caída, resultó doblemente horrible. Y, sin embargo, en presencia de Burke, el agotamiento se desvaneció y la emoción, junto con una pizca de deseo, rugió en sus venas. Se sentía viva junto a él.

—Me esforzaré por recordarlo. Tu mayordomo podría no sobrevivir al shock.

Burke se rió suavemente. —Nunca me cayó bien Northrup. Sobreviviré a la pérdida.

—Eres perverso, Lord Holland. Absolutamente perverso.

Él le tomó la mano como para besarla, pero en el último momento la giró y, en cambio, posó sus labios sobre la piel sensible

de su muñeca. Ella estremeció como respuesta. —La perversidad, como tantas cosas, es mejor cuando se comparte.

Olivia no podía respirar. Había una enorme promesa en sus palabras, pero aún más en su tono. Y aunque solo había pasado esa noche en su cama, eso bastó para anhelar más. —Quizá podamos explorar ese tema más tarde.

—Lo haremos —prometió—. Exploraremos muchas cosas. Pero por ahora, debes estar exhausta.

Lo estaba. Y apestaba a ese olor a humedad que impregnaba el carruaje. —Sí. Estoy segura de que la señora Carlton se está ocupando, pero deseo desesperadamente un baño y descansar.

—Y si llamo a tu puerta esta noche… ¿se me permitirá la entrada? —preguntó.

Olivia sonrió. —No necesitas llamar. Estará abierta. Y yo estaré esperando.

Se levantó y se dirigió a la puerta, dejándolo mirándola fijamente. Sentía el ardor en su mirada. Una parte de ella quería volverse y correr a sus brazos, pero otra, sin duda la más sensata, sabía que hacerlo esperar, aunque solo fueran unas horas, era ventajoso para ella.

9

CAPÍTULO NUEVE

Toda la casa estaba acostada, excepto Olivia. Había dormido antes y ahora esperaba que Burke llegara como prometió. Lo vio en la cena y él le susurró que iría a su cuarto a medianoche. Mientras lo esperaba, deseó haberle pedido que viniera antes. Cada minuto parecía alargarse como horas.

El reloj dio la hora y Olivia se levantó, acercándose a la chimenea. El suave golpe en la puerta le dibujó una sonrisa en los labios. Cuando la puerta se abrió suavemente, giró para verlo avanzar hacia ella. Vestía solo sus calzones y camisa, habiendo desechado su chaleco, chaqueta y corbata. Avanzó como una bestia de presa, pero ella no sintió miedo. Deseaba ser consumida por él, después de todo.

No hubo preámbulos ni advertencias. Inmediatamente la tomó en brazos, girándola hasta quedar aprisionada entre la pared y el firme contacto de su cuerpo. Su boca encontró la de ella al instante, sus labios ardientes y hambrientos recorriéndole los suyos.

Ya no una principiante, Olivia le devolvió el beso con avidez. Besarlo con tanto fervor tenía un significado muy distinto ahora que comprendía lo que seguiría.

Mientras su lengua invadía su boca, rozando sensual la suya, ella gimió. Sus manos firmes en sus caderas la mantenían pegada a él, permitiéndole sentir su dureza: prueba irrefutable de su deseo.

Al interrumpir el beso, murmuró contra su oído: —He ansiado tu sabor desde que me fui… como un hombre hambriento.

—No he podido pensar en nada más —admitió ella, aunque sus mejillas ardieron al decirlo—. Te extrañé terriblemente, y aun con todo lo ocurrido, debo confesar que me preocupé menos por mi seguridad que por llegar a ti.

Él retrocedió un paso: —Hablaremos de eso luego. Debemos hacerlo. Pero por ahora… hay asuntos más urgentes entre nosotros.

Olivia esperaba que la guiara hacia las escaleras. En cambio, cruzó la habitación, giró la llave de la puerta. El clic y el chirrido metálico resonaron en el silencio. Con solo el leve crepitar del fuego amortiguado, la estancia era imposiblemente quieta.

Volvió hacia ella y la condujo a uno de los sillones bajos frente al fuego.

—¿No deberíamos buscar mi cama? —preguntó.

Burke sonrió en la penumbra: —Pronto lo haremos, mas por ahora nos complaceremos aquí cabalmente. Te lo prometo.

No entendía sus intenciones, mas carecía de deseo o voluntad para resistirse. Cerró la corta distancia entre ellos y puso su mano en la de él. Al instante, ocupó el sillón y tiró de ella hacia adelante, separándole las rodillas con las suyas mientras la hacía descender a su regazo. Por equilibrio, ella apoyó las manos en sus hombros. Sentada a horcajadas sobre sus muslos increíblemente firmes, sus labios se abrieron en una suave "o".

—Pensé que ya estaríamos en mi cama —dijo.

—Hay tantas maneras de hacer el amor, Olivia, como lugares para ello —dijo suavemente—. Si prefieres tu cama, iremos ahora… pero si confías en mí, prometo que disfrutarás todo esto muchísimo.

—Deferiré a tu mayor experiencia en el asunto, pues —aceptó.

Sus brazos rodearon su cintura y ella se abandonó con igual avidez a su abrazo que a su regazo. La posición tenía posibilidades, determinó. Desde luego hacía más sencillo besarlo. Montada sobre él así, quedaban ojo a ojo, y labio con labio.

—Sospecho que empiezas a ver sus méritos —bromeó.

—Quizá necesite más persuasión —replicó—. Convénceme.

Su respuesta fue inmediata. Las manos que antes reposaban en su cintura ahora recorrían libremente su cuerpo: tocando, acariciando, amasando y masajeando. Y dondequiera que la tocaba, sentía el calor, aquella chispa efímera que convergía en su núcleo hasta arderle por dentro.

Con sus labios sobre los suyos, sus dentelladas a su labio inferior y el suave roce lingual aliviándole el escozor, perdía el control velozmente. Su capacidad de pensamiento coherente se desvaneció, y cada sentido se consumía con él y las deliciosas sensaciones que evocaba. Al deslizar él sus manos bajo el borde de su camisón, recorrer sus muslos y crear una deliciosa fricción, ella presionó las palmas contra su pecho, metiéndolas bajo su camisa. Lo tocó con el mismo fervor con que él la tocaba.

Presionó sus labios contra su cuello, justo debajo de su oreja: —Te has vuelto positivamente perversa, Olivia. Lasciva, incluso.

—¿Eso es un problema? —preguntó ella. Era muy obvio que la respuesta era no. Su excitación era gruesa y dura contra su muslo interno.

—Solo en que me tienta demasiado. Tú me tientas demasiado.

—Llevas demasiada ropa —protestó ella.

Él alargó la mano entre ellos y liberó la caída de sus calzones. Inmediatamente, Olivia deslizó sus manos por su pecho, hasta que pudo tocar la parte de él que anhelaba tan desesperadamente. Cuando sus dedos se cerraron alrededor de él, él tiró del dobladillo de su camisón, arrugándolo a la altura de su cintura mientras le agarraba las nalgas y la levantaba más alto. Fue algo instintivo guiarlo hacia su entrada, hundir sus caderas y recibirlo dentro de ella. Instintivo, pero no natural. Nada que se sintiera tan extraordinario, que creara un torbellino de placer tan grande, podría ser completamente natural.

—¿Qué clase de demonio eres que puedes hacerme sentir estas cosas? —preguntó ella jadeando.

~

Burke observó su rostro, captando la tensión de sus facciones, el calor en su mirada sombreada. Su labio inferior temblaba mientras el aliento escapaba de su cuerpo con un estremecimiento. Le agarraba las nalgas y la levantó ligeramente, permitiéndole hundirse de nuevo. La sensación de su cuerpo envolviéndolo, cerrándose alrededor de él como un puño, era suficiente para volverlo medio loco. —Tuyo —dijo suavemente—. Tu demonio, tu salvador, tu amante, tu tutor. Seré cualquier cosa que necesites.

Ella lo besó entonces, sus labios se movieron contra los suyos con tanta dulzura. Él guió sus caderas, ayudándola a encontrar el ritmo perfecto mientras ella lo montaba. Sus muslos temblaban por el esfuerzo y por la tensión que crecía dentro de ella.

La necesidad lo poseía, impulsándolo, pero él se contuvo. Quería memorizar cada segundo, poder recordar por el resto de sus días cómo sonaba ella, cómo se veía cuando la pasión la dominaba. Y se deleitaría con el conocimiento de que era su regalo para ella. Pasara lo que pasara, incluso si ella lo rechazaba después, esos recuerdos serían suyos para siempre.

Los movimientos de Olivia se volvieron más frenéticos, sus gritos más insistentes. Su respiración se cortó, se contuvo, y él supo que estaba al borde del clímax. Burke le agarró las caderas y embistió dentro de ella. Ella se quebró alrededor de él, su cuerpo colapsó contra el suyo, su respiración entrecortada por sollozos rotos mientras se aferraba a él.

Las intenciones más honorables se desvanecieron a raíz de su pasión, de la cruda y carnal belleza de su clímax. Él embistió de nuevo, y simplemente no tuvo la voluntad de retirarse de su cuerpo mientras venía. Sosteniéndola cerca, se concentró en la perfección del momento, dejando a un lado la culpa y las recriminaciones para después.

Estaba mal esperar que hubiera puesto un bebé en ella, pero mal o no, el deseo estaba allí. Era su mejor esperanza de retenerla.

Con el peso de ella presionado contra su pecho, sus muslos aún acunando los suyos, él estaba saciado y perfectamente satisfecho, al igual que ella. Pero no pasaría mucho tiempo antes de que la quisiera de nuevo, antes de que la anhelara como a una droga. —Cuando podamos caminar, nos trasladaremos a tu cama —dijo suavemente—. Una semana sin ti ha sido demasiado larga.

—Me temo que eso tardará un poco... mis piernas aún tiemblan.

—Y las mías —admitió—. La idea de cruzar incluso una distancia tan pequeña es desalentadora, pero las recompensas serán dulces.

Ella se sentó más derecha, encontrando su mirada directamente. —¿Y qué recompensas te esperan allí que no puedas disfrutar también aquí?

—Tú. Tendida desnuda ante mí, un festín de belleza para mis pobres ojos. Y la comodidad de tu cama. Tengo la intención de aprovechar tu presencia aquí durante todo el tiempo que tu hermano lo permita.

Un ceño fruncido cruzó sus bonitos labios. —¿Por qué dirías eso... durante todo el tiempo que él lo permita?

Burke supo que su noche estaba a punto de volverse mucho más complicada. —Le escribí, Olivia, que estabas aquí. Tuve que hacerlo.

—¿Qué?

—Baja la voz —le advirtió—. Despertarás a toda la casa.

—Le dije a Algernon que me iba de Londres. Eso era todo lo que necesitaba saber. ¡Soy una mujer adulta y ya no viviré mi vida pidiendo permiso a los demás!

—Olivia, si estás en peligro, él necesita estar al tanto... esconderte aquí conmigo es una buena solución temporal. Pero él puede investigar en Londres para tratar de descubrir la fuente de la amenaza.

—No necesita hacer eso —replicó ella bruscamente—. Sé quién es. ¡Simplemente no puedo probarlo!

Burke sintió que se volvía loco. —¿Y no pensaste que esta información pertinente debía compartirse antes?

—No estaba completamente segura. Tuve que reflexionarlo más. Mis recuerdos están tan revueltos de la época con Melville. Hay grandes lagunas que simplemente soy incapaz de llenar... pero lo

único que sí recuerdo es despertar en ese carruaje con Melville presente, y otro caballero también. Lord Hurston. Discutían los planes de Melville, pero lo que sea que me había drogado inicialmente hizo todo tan difícil de comprender.

—Entonces parece que escribiré a tu hermano otra vez —espetó él—. Maldita sea, Olivia. Lo habría desafiado. Lo habría enfrentado y puesto una bala en él, de haberlo sabido.

—No te corresponde hacerlo —respondió ella fríamente—. Con cierta dificultad y careciendo de su gracia habitual, logró liberarse de su regazo y ponerse de pie frente a él. Sus intentos de ayudarla fueron rechazados. —Arriesgarte por mi honor mancillado es un ejercicio inútil. Ante los ojos de la sociedad, no tengo ninguno. Y no permitiré que arriesgues tu reputación asociándote tan públicamente conmigo.

No tenía argumento contra eso, pues todo lo que decía era irrebatiblemente cierto. No era su lugar, pero desesperadamente deseaba que lo fuera. Confesárselo ahora no solo la haría huir de vuelta a Londres, sino correr directo al peligro.

—No lo desafiaré, pero si alguna oportunidad se presenta para deshacerse de él discretamente, puedes creer que la tomaré.

—Burke, eres un hombre honorable—.

—Y Hurston no lo es. Sé cosas sobre él que tú no conoces y jamás deberías conocer, Olivia. ¡Ese hombre es un demonio y el mundo sería un lugar más seguro y amable sin su presencia contaminándolo!

Olivia lo calló. —¿Y ahora quién está alborotando la casa?

—¡No tienes idea de lo que es capaz!

Ella lo miró boquiabierta. —¡Al contrario! Él fue el cerebro tras el plan de Melville... muy probablemente porque Melville estaba tan endeudado con él que era su única esperanza de pago. ¡Sé exactamente de lo que es capaz!

No lo sabía. Y él no se lo diría. Tener un amante no la había vuelto realmente mundana, y las perversiones que excitaban a Hurston eran cosas que jamás debería conocer.

—Créeme cuando digo que, aunque conoces su naturaleza sin escrúpulos, hay cosas que yo sé sobre él que superan mi capacidad

de comprensión, y mucho menos la de una mujer como tú con experiencia limitada.

El ceño fruncido en su frente era pensativo. —¿Entonces hablas de depravación sexual?

—Así es... y no explicaré más. Es una conversación que ninguno sobreviviría.

—Dejando a Hurston de lado —replicó ella—, tu autoritarismo ha despertado mi ira. No debiste escribirle a Algernon sin decírmelo.

—Olivia, sé que él conoce nuestro... arreglo. Y dices que lo acepta, pero no puedo imaginar qué pasaría si intentara localizarte en Bath sin lograrlo. He sido testigo de su temor en una ocasión así y no deseo repetirlo.

Entonces ella alzó las cejas. —¿Cuándo presenciaste ese temor? No has hablado con Algernon en siglos. De hecho, te esfuerzas mucho por evitarlo. Entonces, Burke, ¿cuándo lo viste?

Burke comprendió su error entonces, que había hablado fuera de lugar y revelado demasiado. Pronunció una palabra que Olivia al menos conocía prácticamente, pero que muy probablemente estaba fuera de su vocabulario.

10

CAPÍTULO DIEZ

Olivia lo fulminó con la mirada esperando una explicación. Cada vez que había interrogado a Algernon sobre su rescate, él había respondido con evasivas o proporcionado detalles tan vagos que no podía esperar recordar nada significativo. Los vacíos en su memoria, según el médico que consultó tras su regreso, eran resultado de las drogas que Melville había usado para dejarla inconsciente, el golpe en la cabeza durante el accidente del carruaje mismo, y el dolor y trauma posteriores. Solo pensarlo le provocó un dolor familiar en el hombro. Distraídamente, alzó la mano y lo tocó, masajeando el dolor fantasma hasta hacerlo desaparecer.

Burke extendió la mano, apartó la suya y la reemplazó con la propia. Amasó los músculos allí, presionándolos con la fuerza justa. Era doloroso en cierto modo, pero también ofrecía un alivio que ni siquiera había notado que necesitaba.

—¿Todavía te duele?

—¿Cómo lo supiste? —preguntó ella.

—¿Saber qué?

—Preguntaste —dijo ella con énfasis— si todavía me dolía.

—Olivia, supuse que te habías lesionado en la caída al escapar de tus secuestradores.

Él mentía. Nunca había conocido a Burke mintiéndole. Ni una sola vez. Pero ahora lo hacía, y ella estaba decidida a saber por qué. Un recuerdo la asaltó. Imágenes tenues y efímeras se agitaron en su mente. —Tú estabas allí.

—Estaba aquí, ocupándome de asuntos de la propiedad.

—No el otro día —lo corrigió—. Sino después de que Melville me tomó. La razón por la que Algernon no puede contarme sobre mi rescate es porque él no estuvo allí. Al menos no durante todo. Fuiste tú.

—Olivia—.

Ella negó con la cabeza. —¡No me mientas! ¡No ahora! ¡Merezco la verdad, Burke!



Se lo diría, pero no tenía idea de cuál sería su reacción. —Sí. Estuve allí. Algernon vino a mí cuando descubrió que Melville te había tomado. Sabía que solo había dos opciones posibles... hacia el sur a Brighton, donde un barco partiría hacia el continente, o hacia el norte a Escocia para una fuga a Gretna Greene. Él tomó una ruta y yo tomé la otra.

Ella no dijo nada, solo lo miró expectante y esperó que respondiera sus preguntas no dichas. —Te encontré cerca de Grantham. Melville debió saber que lo perseguía porque había ordenado al conductor acelerar a velocidades peligrosas. El carruaje era viejo y estaba en malas condiciones, y simplemente no soportó el maltrato que recibía. La rueda se rompió, el carruaje volcó y cayó del camino al río.

—¿Y Melville? —preguntó ella—. ¿Lo mataste?

No había razón para indignarse por su pregunta. Después de todo, había sido su plan: encontrar a Melville y ponerle una bala de pistola en el corazón. —No. No fue necesario. Su propia imprudencia lo hizo por mí. Él y el conductor estaban muertos cuando los encontré.

—¿Y yo? —preguntó.

—Todavía estabas atada en el carruaje, o lo que quedaba de él. Eso, por extraño que parezca, fue lo que te salvó. Mantuvo tu cabeza sobre el agua o te habrías ahogado allí. —Se sintió francamente enfermo solo al pronunciar las palabras. Había poco de ese día que deseara recordar. Ni el miedo enfermizo, la ira y la furia, los gritos insoportables que ella había proferido cuando, obligado por la edad y la debilidad del médico, él mismo tuvo que acomodarle el hombro.

—Te llevé a la posada, conseguí una habitación, mandé llamar al médico y contraté a un hombre para seguir las huellas de Algernon y traerlo con nosotros. —Como explicación, fue seca y limitada solo a los hechos. Debía serlo. Si dejaba que ella viera lo que le había hecho, lo que había sentido cuando enfrentó tal peligro, tendría que descargarse de todos sus secretos, incluido el hecho de que estaba perdidamente enamorado de ella.

—¿Por qué ocultarme esto? —preguntó.

—Algernon y yo discutimos esa noche —respondió.

—¿Sobre qué? ¡Seguramente después de que arriesgaste tanto para salvarme, él no habría sido menos que agradecido!

Burke comenzó a caminar por la habitación. —Olivia, que toda la sociedad pensara que tu hermano te rescató directamente de Melville era la mejor opción. Estar sola con Melville, luego estar sola conmigo... no habría terminado bien para ti.

Ella levantó las manos con frustración. —¡De todos modos no terminó bien! ¡Lady Haversham descubrió el escándalo y lo propagó tan libremente como reparte sus favores y lacayos! Pero me has mentido, Burke. ¡Tú y mi hermano me mintieron! ¡Tenía derecho a saber la verdad sobre todo esto, supiera o no la sociedad!

Burke bajó la barbilla al pecho e intentó controlar su propio temperamento. —Algernon consideró que era lo mejor, y a pesar de mi desdén general por él ahora, estuve de acuerdo. No nos dimos cuenta en ese momento de que tu memoria se vería tan afectada.

—Pero tú sí lo sabías... ¡lo que significa que tú y Algernon lo discutieron! ¡Y si discutieron eso, no puedo evitar sentir que hay otras cosas que discuten entre ustedes, incluso ahora! ¿Qué tramas junto con él, Burke?

Estaba atrapado. Totalmente atrapado. —Lo mismo que he estado tramando desde que tenías dieciséis años y te recogiste el pelo por primera vez… convertirte en mi esposa a cualquier costo—.



Olivia lo miró fijamente, con la boca abierta y los ojos muy abiertos por el horror que le provocaba la mera sugerencia. —¡Te has vuelto loco!—

—No, estaba loco al aceptar ser tu amante cuando sabía perfectamente que nunca sería suficiente para mí— respondió él.

Olivia comenzó a caminar de un lado a otro, igual que Burke momentos antes. —Es imposible. Por múltiples razones, ¡es totalmente imposible!—

—Nada es imposible—.

Ella sabía que no era así. Él había trabajado tanto para reconstruir la reputación de su familia, para deshacer el daño causado por generaciones anteriores con sus juegos de azar, sus amoríos y el despilfarro general de las fortunas familiares. Burke, a pesar de haber empezado a transitar ese mismo camino, finalmente había elegido una dirección completamente distinta. Era, si algún miembro de la familia Holland podía describirse así, verdaderamente respetable. Incluso admirable. Y esos términos nunca volverían a aplicarse a ella.

—Burke, entiendo que quizás tengas un sentido equivocado de lealtad—alguna intención noble— hacia mí por tu antigua amistad con mi hermano, pero no es necesario. He hecho las paces con mi cambiada posición en la sociedad—.

—¡Que se vaya todo al infierno, Olivia!— Casi rugió las palabras, gritándolas hacia las vigas del techo. —¡Esto no tiene que ver con lealtad o intenciones nobles! ¡Te he amado desde hace siglos… amado y lamentado tu ausencia en mi vida! ¡No soy un joven tonto y confundido para dejarme influenciar tan fácilmente!—

—Nunca dije que lo fueras—, ofreció ella en tono apaciguador. —Pero debes ver que nunca sería un activo para ti, y con todo lo que

has sacrificado para restaurar el honor de tu familia, debes casarte con una mujer que solo lo mejore aún más—.

—¡Que cuelgue el honor familiar, Olivia! No trabajé tan duro para salvar la fortuna familiar por ellos. Definitivamente no moderé mis comportamientos salvajes, imprudentes y sumamente placenteros por su beneficio. Fue todo por ti. Hice todas esas cosas para que algún día pudiera estar en posición de pedir tu mano—.

Esas palabras la dejaron vacía por dentro y tan frágil como una cáscara de huevo. Si él lo hubiera hecho, el último año nunca habría sucedido. El dolor y la humillación de ser rechazada por las mismas personas que alguna vez la habían elogiado simplemente no habrían existido. —Nunca dijiste… Si lo hubiera sabido… ¿Por qué no me lo dijiste?—

Su expresión se endureció, sus ojos se volvieron fríos y oscuros mientras sus labios se apretaban. Por supuesto. Algernon, pensó ella. Ella era, o al menos los sentimientos de Burke por ella, la raíz de su animosidad mutua. —Él te lo prohibió, ¿verdad?— preguntó suavemente.

—No. No me lo prohibió. Me dijo que había presentado mi propuesta de matrimonio a ti y que la habías rechazado—, respondió Burke con tono uniforme.

A pesar de su tono, a pesar de la entrega desapasionada de esas palabras, ella podía sentir el dolor en ellas. Lo había herido profundamente, y aunque ella no lo había rechazado personalmente, durante años había trabajado bajo ese supuesto. —¿Y cuándo supiste que ese no era el caso?— preguntó.

Se pasó las manos por el cabello en un gesto de frustración. —Cuando tu hermano me informó que habías decidido tomarme como tu amante… sintió que, dadas las circunstancias, aceptar tus términos podría hacerte más dispuesta al matrimonio en una fecha posterior. Pero claramente no tiene una comprensión real de lo terco que puedes ser—, respondió Burke. —No te mentiré más. No puedo. Porque quiero que seas mi esposa y si vamos a casarnos, no quiero mentiras entre nosotros—.

Él se casaría con ella. Aun sabiendo que destruiría el lugar que había trabajado para construir en la sociedad, tiraría todo eso por

ella. —No puedo… No destruiré lo que has construido. Te adoro. Siempre lo he hecho. Y si me permitiera, podría amarte, pero sería un desastre y ambos lo sabemos—, dijo ella.

—No me importa—, replicó él. —Aceptaría el desastre. Plagas, épicas y bíblicas. Catástrofes dignas del mismísimo Homero. Lo aceptaría todo si significara que podría enfrentarlo contigo a mi lado—.

Esas palabras fueron como un cuchillo, retorciéndose dentro de ella y provocando mil tipos de dolor. Era todo lo que siempre había querido. Mintió cuando le dijo que podría amarlo. La simple verdad era que había amado a Burke durante décadas, desde que era una niña. Pero nunca había alimentado esos sentimientos, los había ignorado con tanta fuerza que *casi* se habían marchitado hasta desaparecer. En cuestión de minutos, él había avivado esos sentimientos de nuevo, convirtiéndolos en un infierno que los consumiría a ambos si ella lo permitía.

—Es imposible. Quizás tú me perdones por la destrucción de tu reputación, pero yo nunca me perdonaría a mí misma—. Sus palabras eran planas y huecas, pero la convicción detrás de ellas no lo era.

—No levantes muros entre nosotros, Olivia, y eches la culpa a la puerta de la sociedad. He resistido escándalos mucho peores. He creado escándalos mucho peores. Es una excusa que has aprovechado porque creo que una parte de ti saborea la libertad de ser una mujer arruinada—, respondió suavemente.

Eso resonó dentro de ella, ese inconfundible anillo de verdad. Al principio había luchado con su cambiada posición, había lamentado la pérdida de su estatus en la sociedad, pero al aceptar esa pérdida, había descubierto un tipo de libertad que nunca había anticipado tener en su vida. Su renuencia a casarse con él no se basaba simplemente en motivos altruistas. Que él pudiera verla tan fácilmente y amarla a pesar de su egoísmo era incluso más prueba de que tenía razón al decirle que no.

—Nunca lo había considerado plenamente —admitió ella—. Pero hay verdad en eso. He aceptado mi estado actual y me resisto a

cambiar la pasión y emoción de un amorío tórrido por un matrimonio social anquilosado.

Él echó la cabeza hacia atrás y se rió. —¿Anquilosado? Nunca lo sería. Y cuando nos casemos —no si, sino *cuando*—, no será un matrimonio social, Olivia. Tú no tomarás a otro amante ni yo tampoco... y te prometo esto: mientras haya aliento en mi cuerpo, nunca necesitarás a otro amante.

La promesa en esa declaración la hizo estremecerse de deseo. —No deseo pelear contigo, Burke. Por lo menos esta noche, ¿no podemos simplemente fingir que nada existe más allá de estas paredes?

Él se acercó a ella entonces, tomándola en sus brazos mientras una de sus fuertes manos se deslizaba en la cascada de su cabello, forzando su cabeza hacia atrás hasta que ella encontró su mirada. —Por esta noche... sí. Pero mañana siempre llegará, Olivia.

—Que llegue. Pero todavía no. Ahora no.

Él frunció el ceño. —Te he deseado por tanto tiempo, soñado contigo exactamente así... tu cabello suelto y fluido, tus labios hinchados por mis besos. No hay nada en este mundo que haya anhelado más que probarte, ayudarte a descubrir a la mujer apasionada que sabía que serías.

—Y has hecho todas esas cosas —dijo suavemente—. ¿No es eso suficiente?

—No —dijo con rigidez—. Nunca será suficiente.

Él la besó entonces, su boca hambrienta sobre la de ella, pero también dominante. Olivia se aferró a él, sus dedos clavándose en la carne firme de sus hombros mientras él la arrastraba con el calor de su boca sobre la suya, sus labios trabajando los de ella con destreza y una pasión que la dejó sin aliento.

De repente, él retrocedió y ella se tambaleó. Él la estabilizó, pero no hizo ningún movimiento para acercarla de nuevo.

—No tendré un pedacito de ti, Olivia. Pensé que tenerte como mi amante, si te negabas a ser mi esposa, sería suficiente. Pero no lo es. Y no me atormentaré más con ello. La próxima vez que estés en mi cama, será como mi esposa.

—¿Y si me niego?

Su mirada se volvió dura, incluso un poco aterradora. —Entonces no habrá una próxima vez.

Antes de que ella pudiera protestar o siquiera intentar persuadirlo, él se había ido. Salió furiosamente de su habitación y bajó por el pasillo oscuro, dejándola mirándolo con el corazón roto.



Charlie y Martin iban montados en la caja, apretados en el asiento con el conductor mientras el elegante petimetre estaba sentado dentro del carruaje. Cuando las ruedas traqueteaban y rodaban por el patio del mesón lleno de surcos hasta detenerse, se miraron nerviosamente. Para ambos, era la primera vez que salían de Londres.

—¿Cuánto falta para llegar a donde vamos? —preguntó Martin.

Charlie suspiró. —No podría decir. Pero calculo que no será mucho. Su señoría está más tranquilo al menos.

Cuando habían confesado haber perdido a la chica de nuevo, su empleador había entrado en un ataque de ira. Había tirado cosas, lanzado maldiciones sobre sus cabezas, y luego, después de terminar su berrinche, les había dicho con calma que ordenaran un carruaje que pudiera llevarlos a todos a Bath.

—Todavía no sé cómo supo él hacia dónde iba —comentó Martin —. ¿No crees que sea un brujo, verdad?

—No. Creo que es el maldito diablo —respondió Charlie—. Es el otro petimetre, supongo. Preguntó para ver adónde había ido, calculo. Supuso que ella iría hacia él. Es lo único que se me ocurre, al menos.

—¿Crees que él quiere lastimarla?

Charlie negó con la cabeza. —No creo que quiera invitarla a tomar té, Martin. Calculo que ella es una verdadera heredera.

Martin negó con la cabeza. —No parece bien.

—No importa si está bien. Hablé con Dottie... ella me contó todo sobre este petimetre. No podemos contrariarlo, Martin. Lo que sea que nos pida hacerle a esa chica, lo haremos. ¿Entiendes?

—Sí, Charlie.

Se oyó un fuerte golpe cuando Lord Hurston usó su bastón para golpear el techo del carruaje. —¡Dejen de parlotear y bájense de esa caja! ¡Ya hemos desperdiciado suficiente tiempo!

—¿Qué estamos haciendo aquí, mi señor? —preguntó Martin.

—Vamos a conseguir una habitación para la noche... bueno, yo. Ustedes dos pueden dormir en la sala de la taberna —explicó Lord Hurston—. Y mañana, con caballos frescos, iremos a la finca de Holland y cuando se presente la oportunidad, le quitaremos a su invitada.

Los dos hombres se miraron, ambos deseando nunca haber oído hablar de Lord Thurston o del dinero que había ofrecido.

11

CAPÍTULO ONCE

El carruaje retumbaba sobre el camino lleno de surcos, las ruedas hundiéndose en un hoyo tras otro. Olivia comenzaba a preguntarse si el cochero los golpeaba a propósito. La pura frecuencia parecía contradecir la idea de que fuera incidental.

Un surco particularmente profundo los sacudió en el asiento y, de no haberse estado aferrando el uno al otro, los habría arrojado a ambos al suelo.

—Las carreteras están muy mal, señorita. ¡Deberíamos regresar a Barlow Hall! La lluvia de los últimos días solo las ha empeorado —protestó la señora Carlton.

—Sé que sería la acción más sabia, pero simplemente no puedo. No tengo la fuerza de voluntad para decirle que no otra vez —confesó Olivia.

—En realidad no le dijiste que no la primera vez —señaló firmemente la señora Carlton—. Simplemente lo dejaste sin respuesta. Aunque me atrevo a decir que, como rechazo, ciertamente dejaste clara tu postura.

Olivia se estremeció ante la acusación. Ciertamente era verdad, pero sus razones, al menos en su propia mente, eran sólidas. Era por el bien de Burke que lo liberaba de ella. Él no podía entender

cómo sería perder el respeto que finalmente había logrado ganarse dentro de *la alta sociedad*. Precisamente porque había logrado tanto, serían brutales con él si volvía a caer en desgracia.

—Él se preocupa profundamente por ti —dijo la señora Carlton, y su tono indicaba claramente que creía que Olivia era lenta de entendimiento—. Muy profundamente, creo.

—Eso dice —respondió Olivia mientras se quitaba una mota de pelusa inexistente de la falda de su vestido de viaje. Era una respuesta injusta. No lo dudaba. Él le había dicho que la amaba y el verdadero infierno era que ella le creía absolutamente. Simplemente no lo merecía.

—¿Y tú te preocupas tan profundamente por él?

Una parte de ella, largamente enterrada y llena de esperanza, rugió a la vida dentro de sí, gritando un entusiasta sí. Pero la otra parte, la que había sido rechazada e insultada, la orgullosa que temía que su amor pudiera convertirse eventualmente en desdén como tantos otros, esa parte era más cautelosa.

—Sí me importa profundamente, pero ¿quién puede decir si es tan profundo? ¡Comparar mis sentimientos con los suyos sería como comparar peras con manzanas!

La señora Carlton la miró con una mirada malévola. —Estás evadiendo la pregunta y es un esfuerzo inútil. Eres diferente cuando él está cerca. Emocionada. Despreocupada. Esperanzada. Si decides admitirlo a los demás o no depende completamente de ti, pero ¡por el amor de Dios, nunca intentes ocultarte la verdad a ti misma!

Olivia suspiró profundamente y miró el parque cubierto de niebla que rodeaba la finca mientras giraban hacia el camino. Ella sí lo amaba. Si fuera completamente honesta consigo misma, admitiría haberlo amado durante la mayor parte de su vida. Una pregunta surgió en su mente, una que era parte del problema para ella. No fue hasta que el matrimonio le fue arrebatado como posibilidad para su futuro que cuestionó si era algo en lo que deseaba participar o no.

—¿Cómo es estar casada, señora Carlton? ¿Saber que, por ley, eres propiedad de otra persona sin derecho ni voluntad propia?

Si la mujer se sorprendió por la pregunta, lo ocultó bien. —Esa es una pregunta difícil. Si tienes un buen marido, es algo maravilloso a veces, y otras como un albatros alrededor de tu cuello. Si tienes un mal marido, es una miseria interminable. ¿Qué tipo de marido sería Lord Holland, crees?

Olivia sonrió. —Uno exasperante, pero bueno, creo.

La señora Carlton le enlazó el brazo, como si fueran amigas en lugar de empleadora y empleada. Era un gesto bienvenido. Había pasado bastante tiempo desde que Olivia disfrutaba de algo tan simple como una charla con una amiga. —Es muy guapo. ¡Vergonzosamente guapo!

—Sí, lo es. Y también es muy amable, aunque difícilmente lo admitiría... y vanidoso y orgulloso. Pero cielos sabe que no puedo tirar la primera piedra por eso —admitió Olivia. Una vez más, miró por la ventana la silueta de Barlow Hall elevándose entre la niebla. ¿Estaba cometiendo un error? ¿Podía permitirse no hacerlo?

—Sé que has sido íntima con él. Aunque ese es un aspecto del matrimonio que la mayoría de las novias desconocen, tú tienes la ventaja de saber si estarás o no —hizo una pausa como si buscara la palabra correcta— satisfecha con él.

Olivia no pudo evitar el rubor que le invadió las mejillas. —No tengo preocupaciones en ese aspecto… bueno, sí las tengo, pero de una naturaleza completamente diferente. Burke es un libertino, reformado por su propia voluntad. Pero durante muchos años, él y mi hermano corrieron juntos seduciendo a cuanta dama dispuesta de la sociedad y más allá se les cruzaba. ¿Y si no le resulto agradable? ¿Y si mi falta de experiencia le resulta aburrida? Con toda probabilidad, su infatuación por mí fue simplemente producto de verme como algo prohibido para él. Ahora que ya no soy una tentación que tenga que resistir, se cansará de mí. No podría soportarlo.

—La experiencia siempre se puede adquirir y creo que a los hombres les gusta instruir en esa área… será placentero para él educarte en todo lo que necesites saber. Y he visto cómo te mira. Esa no es la mirada de un hombre infatuado, sino de un hombre que ama. Le haces un flaco favor, creo. Y a ti misma.

—Quizá sea así. Pero no veo otra manera en este momento. Me ha pedido que me case con él… pero ¿cómo puedo aceptarlo si sé que solo le traerá daño?

—Por lo que valga —y debes tener en cuenta que si te casas pierdo mi empleo, así que mis motivos al decirlo son completamente puros— creo que deberías aceptarlo. Él conoce tu reputación. Sabe muy bien cómo responderá la sociedad, y parece que no le importa un comino.

Olivia no dijo nada más, sumiéndose en el silencio mientras el carruaje se sacudía de nuevo justo cuando un fuerte crujido partió el cielo que se oscurecía. Cuando el coche se enderezó, Olivia reconoció que no podía haber sido una rueda que se astillaba como había pensado al principio. Era un disparo.

—Ay, Dios —dijo—. Señora Carlton, me temo que nos van a asaltar.

Los ojos de la otra mujer se abrieron de par en par. —¿Un bandolero?

Por extraño que pareciera, Olivia esperaba que así fuera. La otra opción, que los matones de Lord Hurston la hubieran encontrado después de todo, era mucho más inquietante. —Cooperaremos y luego seguiremos rápidamente nuestro camino —ofreció Olivia tranquilizadoramente.

—¿Crees que será guapo?

Olivia miró a su acompañante con especulación. —Esa posibilidad es poco probable. ¡Esto no es una novela sensacionalista, señora Carlton!

Avergonzada como correspondía, la mujer asintió. —Por supuesto, señorita. Dejé que la emoción abrumara mi buen juicio, pero solo momentáneamente.

El carruaje aminoraba la marcha, desviándose hacia el peligrosamente blando arcén del camino. Si acababan en el barro, quedarían atascadas sin duda y sin esperanza de escapar de quienquiera que les disparara.

—¿Por qué nos detenemos?

—Me imagino —dijo Olivia— que simplemente nos han alcanzado. Cooperaremos y luego seguiremos nuestro camino.

Cuánto rezaba para que eso fuera cierto.

La puerta del carruaje fue arrancada de golpe y sus peores temores se hicieron realidad. Los dos hombres que estaban allí eran inmediatamente reconocibles como los mismos matones que habían intentado secuestrarla en Brooke Street.

—Las dos vienen con nosotros —dijo el más bajo de los dos hombres.

—Si prometen dejar a mi acompañante y a mi cochero en paz y no causarles más daño, iré con ustedes de buena gana —ofreció Olivia.

El hombre negó con la cabeza. —No podemos hacer eso, señorita. El señorito cree que estarás más dispuesta a cooperar para salvarla a ella del daño que a ti misma. Parece que tiene razón.

Olivia soltó un grito de sorpresa cuando el más grande de los dos se abalanzó sobre ella, agarrándola bruscamente por los brazos y sacándola del coche. A la señora Carlton no le había ido mejor. Mientras las llevaban hacia un carruaje de alquiler que esperaba, vio al cochero desplomado en el pescante, dejado por muerto.



Burke había pasado toda la tarde en Bath. Había ido a un joyero para conseguir un anillo de compromiso para Olivia. Era presuntuoso por su parte, ya que ella no había dado indicios de que pensara aceptar su propuesta, pero por un momento, le había permitido sentir que el suyo era un noviazgo normal y no la extraordinaria circunstancia en la que se encontraban. También había contratado a un nuevo administrador, y había contratado a hombres extra para vigilar la propiedad a partir del día siguiente. Podría ser una precaución innecesaria, pero si Hurston se había obsesionado con Olivia como medio de apoyo financiero, no había profundidad a la que no se hundiría para tenerla.

Era la única respuesta plausible, en realidad. Hurston y Melville habían sido uña y carne, y Hurston se había convertido recientemente en viudo bajo circunstancias dudosas. Lady Hurston,

una criatura mansa y tímida que rara vez se veía en sociedad, había perecido en un accidente de carruaje inquietantemente similar al que le quitó la vida a Melville. El funeral había sido privado. Nadie, que Burke supiera, había visto siquiera su cuerpo. La información había provenido del propio Hurston y del personal doméstico que estaba completamente intimidado por él.

Por lo que cualquiera realmente sabía, reflexionó, la pobre ratoncita aún podría estar viva. Era dudoso, pero no imposible. Quizás había reunido el coraje para huir de Hurston y su brutalidad, o quizás el hombre la había asesinado bajo la apariencia de un accidente. Sin importar lo que le hubiera sucedido a la posible ex Lady Hurston, él estaba decidido a que Olivia no se convirtiera en la actual Lady Hurston. Lo que significaba que tendría que presionarla.

No habían hablado de su declaración de amor ni de su afirmación de que pretendía hacerla su esposa. Tenía que preguntarse si Algernon no tendría razón en sus afirmaciones. Quizás seducirla y cortejarla en lugar de hacer proclamaciones audaces era la mejor manera de ganar su mano, pero no le sentaba bien. Alejarse de ella, besar sus dulces labios y luego dejarla sola había sido lo más difícil que jamás había hecho.

Durante años se había esforzado por convertirse en un hombre mejor para ser digno de ella, y en una de las grandes ironías de la vida, era precisamente eso lo que podría alejarla de él. Era su propia vanidad el problema. Quería que ella lo amara lo suficiente, que lo deseara lo suficiente, para que nada más importara. Necesitaba eso de ella.

Aun así, Burke no podía sacudirse la abrumadora sensación de que necesitaba regresar a Barlow Hall, sin importar el rechazo que pudiera estar esperándolo allí. Había un sexto sentido que lo instaba a continuar, un conocimiento efímero de que las cosas no eran como debían ser.

Mientras cruzaba la calle hacia la pequeña caballeriza donde había dejado su caballo, el avance de Burke se detuvo cuando dos hombres corpulentos salieron de un oscuro hueco en una puerta. Uno sostenía una navaja y el otro una pistola.

—No te apresures a irte ahora —bromeó el primero, blandiendo la navaja con más entusiasmo que habilidad.

Burke estaba menos preocupado por él que por su compañero con la pistola. Decidiendo que sería un uso más eficiente de su tiempo evitar lo que seguramente sería una prolongada e inútil confrontación física, planteó una pregunta muy sencilla:—¿Quién los contrató?

—¿Qué? —preguntó el segundo hombre.

Impaciente, Burke expuso los hechos: —Ustedes claramente han estado esperándome en emboscada, lo que indica que alguien los contrató para matarme o incapacitarme. ¿Quién fue y cuánto les pagó?

Los dos hombres se miraron confundidos. Al parecer, habían anticipado una respuesta más temerosa.

—Si me dan la información que estoy pidiendo —dijo Burke—, igualaré... no, duplicaré lo que su actual empleador les ha ofrecido.

El segundo hombre guardó su pistola en el bolsillo de su abrigo. —Me gustas más que ese otro tipo. Nos dio una libra y dijo que no importaba si te matábamos o no, con tal de mantenerte alejado de ella.

Olivia. Hurston sabía dónde estaba y si pretendía mantener a Burke alejado de ella, sin duda ya estaba haciendo jugadas para conseguirla. Metiendo la mano en su bolsillo, les lanzó las monedas a los hombres. —¿Dónde conocieron a ese otro tipo?

—En The Saracen's Head. Tenía otros dos tipos trabajando para él, pero dijo que tenían otra ave que cazar, lo que sea que eso signifique.

Burke pasó corriendo junto a los hombres y recuperó su caballo. Después de todo, no regresaría a Barlow Hall. Se dirigiría a la posada The Saracen's Head y enfrentaría al león en su guarida. Si lograba eliminar la amenaza que representaba Hurston, bueno, eso no le ganaría la mano de Olivia, pero al menos eliminaría la sensación de fatalidad inminente que pendía sobre ellos.

Los dos hombres lo vieron irse. —Creo que deberíamos ir nosotros mismos al Saracen's. Parece un tipo bastante decente —propuso el primero.

El segundo sonrió. —Sí. ¿Estás deseando una pequeña pelea, verdad?

—Quizás lo esté.

12

CAPÍTULO DOCE

Burke se acercó con cautela a la posada Saracen's Head, vigilando cualquier señal de Hurston o de los hombres de aspecto rudo que Olivia le había descrito antes. No tardó en divisarlos: dos hombres, uno más alto y otro considerablemente más bajo, pero ambos con apariencia de saber defenderse, salían del edificio.

—¿Y ahora qué? —preguntó el más alto.

—Nos volvemos a Londres y nos lavamos las manos de este señorito y de todo este lío —respondió el más bajo.

—No me parece bien... dejar a dos mujeres con un tipo como él.

—Ahora es problema de ellas —contestó el más bajo—. Nos pagaron y ahora nos vamos a casa.

Fuera lo que fuese que ocurriera, Burke sabía que no podía permitir que se salieran con la suya tras su participación en el secuestro de Olivia. Armado solo con una daga que llevaba en la bota, sus opciones eran limitadas.

—Nos encargaremos de ellos... por otra libra, ¿no?

Al mirar por encima del hombro, Burke reparó en los otros hombres que Hurston había enviado para eliminarlo. Eran aliados improbables, pero dadas las circunstancias no tenía otra opción.

Burke asintió. —Me parece justo.

—Si no le importa, mi señor, tomaremos la libra ahora, por si acaso usted no regresa. Ese tipo de adentro es realmente violento.

Sacando más monedas del bolsillo, Burke se las pasó a los hombres. —¿Tienen idea de cuál es su habitación?

—Arriba de las escaleras y a la izquierda. La mejor habitación del lugar —dijo el segundo hombre—. Supongo que no se habría conformado con menos.

Naturalmente. Burke se escabulló, dirigiéndose a la puerta de la posada y dejando que los otros hombres se ocuparan de los matones de Hurston. No sabía qué encontraría adentro, pero rogó llegar a tiempo para impedir que Hurston llevara a cabo su ruin plan.



Olivia observaba a lord Hurston mientras engullía licor. El hombre claramente estaba enfermo, con el rostro desfigurado por lesiones y el abdomen grotescamente hinchado.

—¡Usted, querida, será la respuesta a mis plegarias!

—Me imagino que nuestro creador celestial definitivamente no respondería las plegarias de alguien tan evidentemente indigno —replicó ella con frialdad.

Él soltó una risita. —La piedad está sobrevalorada, después de todo. Es el pecador arrepentido al que el Señor favorece.

—Entonces tal vez pueda presentarme a uno, pues dudo mucho de la sinceridad de su arrepentimiento —replicó de inmediato—. ¿Dónde está la señora Carlton?

—Bajo vigilancia en otra habitación —respondió él con calma, llevándose un bocado de graso cordero a la boca. Masticó con estrépito y vigor—. Dudo que quiera que ella sea testigo de lo que viene... pretendo comprometerla por completo. Pero no tema. Ciertamente me casaré con usted después.

—No.

Él alzó una ceja y sonrió con frialdad. —¿No?

—No —repitió ella—. Ya estoy completamente comprometida y no tengo intención de casarme con nadie.

—Entonces le clavaré una daga entre las costillas a su compañera y podrá verla morir —declaró con tranquilidad—. Se equivoca, señorita Dunne, si cree que voy a darle opción en este asunto.

El estómago de Olivia se revolvió ante la perspectiva. Los dos hombres que las habían llevado a la posada y las dejaron a merced de Hurston habían insinuado que usaría a la señora Carlton como palanca. Parecía que tenían razón. No tendría más remedio que cooperar con él, y la sola idea le resultaba repulsiva.

—Así que necesita mi fortuna —dedujo ella. Si lograba mantenerlo hablando, quizás engulliría suficiente licor como para posponer sus planes hasta que ella pudiera idear uno propio.

—Un hombre siempre necesita una fortuna, señorita Dunne. A veces esa necesidad es más apremiante que en otras ocasiones.

—Si no apostara todo su futuro a una carta, imagino que sería mucho menos apremiante —replicó de inmediato. La caprichosidad, la sensación de derecho que tenían, tanto él como Melville, de destruir su vida por sus fines egoístas la llenaba de rabia impotente. Estaba harta de estar a merced de los hombres, de ser vista como un simple medio para un fin.

Levantándose de la silla, caminó hacia la pequeña ventana y miró hacia el patio de la posada. Podría saltar, pero la caída probablemente solo la lesionaría y no mejoraría la situación de la pobre señora Carlton. La mujer había sido secuestrada y era su responsabilidad sacarla sana y salva de esto.

Un movimiento en el patio llamó su atención. Burke cruzaba el pequeño patio, viniendo a rescatarla una vez más. No permitiría que se pusiera en peligro por ella. Ya suficientes inocentes estaban en riesgo porque hombres sin escrúpulos buscaban su fortuna.

Al volverse hacia la habitación, la escudriñó en busca de armas potenciales. La opción más probable era la chimenea y sus diversos utensilios. Caminando de vuelta hacia Hurston, se desvió rápidamente hacia ella y cerró los dedos alrededor del mango del atizador justo cuando él se abalanzó sobre ella. Olivia mantuvo su agarre firme mientras llevaba el codo con fuerza hacia su vientre.

Soltó un gemido de dolor, pero su agarre en su cabello fue brutal, tirándola hacia el suelo. Olivia se arrodilló, intentando arrastrarse lejos de él, pero él le dio una patada, su bota golpeando sus costillas con un impacto aturdidor. Le robó el aliento y su visión se volvió completamente blanca.

—Estás haciendo esto difícil —dijo con desdén—. ¡Si simplemente fueras obediente e hicieras lo que se te ha dicho, ambos podríamos evitar esta desagradable situación!

—No te debo obediencia —murmuró ella, aunque le dolía incluso respirar—. ¡No te debo nada! No tenía suficiente fuerza para blandir el atizador con vigor, pero cuando él se abalanzó sobre ella, lo agarró con ambas manos y lo empujó hacia adelante. La punta afilada pinchó su vientre distendido y él gritó de dolor, intentando apartar el objeto ofensivo. Le dio el tiempo justo para ponerse de pie y retroceder.

Retrocediendo a toda prisa, logró llegar hasta la puerta, pero no ofrecía escape pues estaba bien cerrada y él tenía la llave. Mientras él avanzaba hacia ella, levantó el atizador por encima de su cabeza, preparada para golpearlo con todas sus fuerzas. Su rostro se enrojeció de rabia y luego, de repente, se puso lívido. Hurston se agarró el pecho mientras la miraba como un pez fuera del agua. Olivia observó horrorizada mientras él se desplomaba en el suelo con un gemido fuerte y espantoso.

Insegura de qué hacer, Olivia permaneció allí un momento. Parte de ella se preguntaba si no sería una trampa, pero cuando él continuó simplemente allí tendido, inmóvil y dando toda la apariencia de no respirar, reconsideró. Aun así, al acercarse a su cuerpo inerte, no soltó su agarre mortal del atizador. Registrando los bolsillos de su chaleco, encontró la pesada llave de latón para la puerta.

Sus manos temblaban mientras se dirigía hacia allí y forcejeaba con la cerradura y la llave. Habría sido más fácil si soltara el atizador, pero sentía que le daba cierta seguridad pues, incluso muerto, Hurston no podía ser confiable.

Cuando la puerta se abrió hacia afuera, Burke estaba justo en lo alto de las escaleras. Alzó una ceja y comentó casualmente: —Venía

a rescatarte.

—Me he rescatado a mí misma, al parecer —respondió ella con despreocupación y mucha más calma de la que sentía—. Aunque el corazón débil y la vida disoluta de Hurston ciertamente ayudaron.

Burke asintió. —En lugar de rescate, ¿quizás un consejo entonces?

—¿Sí?

—Deja de ser secuestrada por cazafortunas.

Olivia lo miró con rencor. —¡Difícilmente es mi culpa!

La consideración cuidadosa de Burke hacia su respuesta fue evidente en su lento caminar hacia ella. Cuando estaban a meros centímetros de distancia, dijo: —Con Melville, no. No fue tu culpa. Con Hurston, no fue tu culpa que eligiera secuestrarte... pero tenías los medios a tu disposición para dejar de ser un blanco para él.

Olivia frunció el ceño. —¿Así que debería casarme contigo para evitar más secuestros o intentos? ¿En serio?

—Recojamos a tu acompañante, asumiendo que está aquí en algún lugar, y pongámonos en camino antes de que surjan demasiadas preguntas sobre la muerte de Hurston... luego lo discutiremos más.

Olivia permitió que él le quitara el atizador y lo volviera a colocar dentro de la habitación de Hurston antes de que él regresara para tomar su mano. Yendo de habitación en habitación, solo hicieron tres intentos antes de escuchar la respuesta ahogada de la señora Carlton detrás de la tercera puerta. Atada a una silla con un trapo sucio sobre su boca, se desplomó de alivio cuando entraron.

Burke liberó sus ataduras rápidamente. —Creo que, dadas las circunstancias, es mejor que nos vayamos inmediatamente. El personal de la posada descubrirá a Hurston pronto y debemos estar lejos de aquí cuando eso ocurra.

—¿Entonces lo mataste? —preguntó la señora Carlton.

—No —respondió Olivia—. Murió rápidamente por causas naturales decepcionantes.

Consternada, la señora Carlton respondió: —Oh, eso es bastante decepcionante.

Burke puso los ojos en blanco. —Podríamos retrasar nuestra partida el tiempo suficiente para que abuses de su cadáver si lo deseas.

—¡De verdad, mi señor! ¡Actúa como si fuéramos los sedientos de sangre en este asunto!

—Sea como sea, todo puede discutirse más adelante, cuando estemos bien lejos de aquí —amonestó—. Ahora, muévanse rápido.

Mientras bajaban las escaleras estrechas y empinadas, acababan de cruzar la puerta principal y estaban en el patio de la posada cuando escucharon el grito de una mujer. Lord Hurston había sido descubierto.

Cerca de las caballerizas, Burke notó a los dos hombres que habían venido en su ayuda. Los otros dos matones responsables del secuestro de Olivia estaban atados entre ellos.

—¿Qué debemos hacer con ellos, mi señor? —preguntó el primero.

Burke consideró sus opciones. —Llévenlos a los muelles y pónganlos en un barco de transporte. Cuando esté hecho, diríjanse a Barlow Hall y ambos tendrán empleo esperándoles.

—¿Qué tipo de empleo, mi señor?

Burke se encogió de hombros. —Eso dependerá completamente de sus habilidades, caballeros. Les lanzó otra libra —Gracias por su ayuda.

El alboroto dentro de la posada debió haberles indicado que se necesitaba una huida apresurada. —Hay otra caballeriza calle abajo donde se puede alquilar un carruaje.

13

CAPÍTULO TRECE

El regreso a Barlow Hall había sido afortunadamente sin incidentes. El cochero había sido encontrado por granjeros locales y estaba siendo atendido. El carruaje y los caballos habían sido devueltos a la mansión. La señora Carlton descansaba y Olivia estaba dentro de su habitación, justo al otro lado de la puerta. Él no sabía lo que estaba por suceder, pero tenía todas las razones para sospechar que no le gustaría. Iba a tener que luchar por ella de maneras que nunca había imaginado.

Tocó suavemente, pero no esperó una respuesta. En cambio, giró el pomo y la puerta se abrió hacia adentro. Entrando, la miró, observando cada detalle de su apariencia, consciente de que podría ser por última vez. —Es hora de que hablemos, Olivia. Hace tiempo que deberíamos haberlo hecho.

Ella exhaló en un suspiro. —Así es. Pero primero, debo decirte cuánto aprecio todo lo que has hecho por mí y todo lo que has arriesgado por mí.

—Tú te rescataste sola, ¿recuerdas? —El recordatorio fue dicho suavemente, con diversión.

—Así fue. Pero viniste preparado para hacer lo que fuera necesario para salvarme de nuevo y ambos lo sabemos... igual que

cuando Melville me secuestró. Y ni siquiera puedo empezar a decirte lo que eso significa para mí.

Él caminó hacia ella, deteniéndose cuando estuvieron cara a cara. —Esto suena sospechosamente como si quisieras decirme adiós, Olivia. Antes de que lo hagas, debes saber que lo haría todo de nuevo y lo haría sin importar lo que haya pasado entre nosotros. Te he amado por tanto tiempo que simplemente no sé hacer otra cosa —respondió.

Ella negó con la cabeza. —Tú amas la idea de mí. La chica perfecta adorada por *the Ton* es simplemente un mito... ¡Hace más de un año que no soy ella, y he llegado a darme cuenta de que quizás nunca fui esa chica!

No era solo su reputación la que estaba hecha trizas, se dio cuenta. También era su orgullo, su sentido de identidad. Sin su posición en la sociedad y sin la adoración que había estado tan presente en su vida, Olivia luchaba por encontrarse a sí misma, por tener un sentido de quién era.

No era una perspectiva ajena para él. Como heredero de un título escandaloso y una propiedad casi en la ruina, él era la otra cara de la moneda. Durante tantos años, no había hecho ningún esfuerzo por superar lo que se esperaba de él, que, en verdad, era muy poco. Cuando había intentado mejorarse controlando sus modos salvajes, había sido recibido con escepticismo en el mejor de los casos y con ridículo en el peor.

Ahora sus fortunas se habían invertido. La sociedad lo alababa por darle un giro a su vida y a sus propiedades, porque no era tan tonto como para no pensar que la afluencia de monedas en sus arcas no era un factor influyente, y Olivia, que una vez fue su favorita, ahora era una paria.

—Estás equivocada. Mi admiración por ti no depende de lo que la sociedad piense de ti, sino que existe simplemente por lo que sé de ti —dijo enfáticamente—. Siempre has sido amable y generosa. Que yo sepa, nunca una vez le pegaste a tu hermano, que es el hombre más exasperante que jamás haya pisado la tierra, y si eso no habla de la calidad de tu carácter, nada lo hará.

Ella rio, como él había planeado, pero rápidamente se puso seria de nuevo. Ladeando la cabeza, lo examinó críticamente. —Él te extraña. Y tú lo extrañas. ¿Se reparará alguna vez la grieta en su amistad?

Era un tema que no deseaba discutir. La incómoda tregua entre él y Algernon se centraba únicamente en su capacidad para seducirla y llevarla al altar. Respondió con cuidado. —Hemos hecho las paces a nuestra manera, aunque difícilmente creo que volvamos a ser amigos íntimos como antes... Pero no deberíamos estar discutiendo sobre tu hermano ahora mismo. Ahora mismo, necesitamos hablar de nosotros.

—¿De qué hay que hablar? Somos viejos amigos que han elegido convertirse en amantes. Si ya no deseas ser mi amante, seguiremos siendo amigos —dijo con desdén.

—No.

Ella lo miró de reojo. —¿Qué quieres decir? ¿No?

Él puso las manos en las caderas. —No es un concepto difícil, Olivia. No continuaré siendo tu amante y no puedo volver a ser simplemente tu amigo. Seré tu esposo o nuestra relación llegará a su fin.

—Los ultimátums no son justos, Burke —le reprendió.

Había un hecho desagradable que ambos tenían que afrontar y era hora de hacerlo. —Soy un par y, como tal, tendré que casarme y producir un heredero. No puedo, no lo haré, casarme con otra mujer y pasearla frente a ti, ni viceversa. No puedo imaginar nada más injusto que eso.



ESAS PALABRAS FUERON como una puñalada en el estómago. Lógicamente, sabía que Burke eventualmente tomaría esposa, pero la idea le resultaba mucho más insoportable de lo que jamás se hubiera imaginado.

—No puedo volver atrás. No lo haré —dijo con firmeza—. Vivir esa vida a medias en las sombras no es para mí. Prefiero abrazar mi

pasado escandaloso y forjar un nuevo camino antes que acatar las reglas de una sociedad que, de todos modos, siempre me rechazará. Por mucho que hayas trabajado para restaurar tu reputación, Burke, no puedo permitir que la arruines por mí.

—Si te casaras, todo sería perdonado.

Era ingenuo pensar así. Algunos harían la vista gorda, pero siempre murmurarían, siempre se preguntarían. —Cuando la sociedad me elogiaba, me negaba a casarme por cualquier cosa que no fuera amor. No veo motivo para cambiar ahora.

Se le acercó con paso felino, haciéndola retroceder sobre la cama mientras la cubría con su cuerpo. Sus brazos enmarcaron su cabeza, manteniéndola inmovilizada bajo él. —¡Entonces niega que me amas! ¡Dime ahora mismo que no es cierto!

Estaba tan cerca que le quitaba el aliento. Su calor, el peso de su cuerpo sobre el suyo, transmitían una sensual promesa que la hacía anhelarlo—. No puedo decirlo. Ambos sabemos que sería mentira —confesó.

—¿Sabes por qué hice tanto esfuerzo para restaurar el nombre de mi familia y las arcas familiares? —exigió acaloradamente.

Olivia comprendió cuán furioso estaba en ese momento—. No. Solo supuse que te habías cansado de beber y parrandear.

—¡Hice esos esfuerzos, Olivia, por ti! Todo lo que hice para recuperar el honor familiar fue para alcanzar una posición lo suficientemente favorable para poder ofrecerte... y ahora ¡usas eso mismo como excusa para alejarte!

No lo había sabido, no se había dado cuenta—. Pero ahora que lo has logrado, no puedo permitir que lo eches todo por la borda—.

—¡Esa no es tu maldita decisión! —replicó de inmediato—. Perderé la fortuna mañana. Si necesito visitar todos los burdeles de Londres—.

Le golpeó el hombro con más fuerza de la necesaria—. No te atrevas —le silbó.

Él sonrió—. Decide, Olivia. O te casas conmigo como el hombre honorable que me he vuelto, o me arruino tan completamente que tendremos que vivir juntos en el exilio pecaminoso.

Olivia guardó silencio, su mente invadida por dudas y temores. Temía vivir con él y verlo aburrirse o decepcionarse de ella. Temía vivir sin él y verlo continuar su vida con otra, alguien hacia cuyos brazos lo habría empujado. Sobre todo, le aterraba que si lo dejaba ir, jamás volvería a sentirse tan viva como a su lado.

—Sí te amo —susurró—. Pero me preocupa no ser lo que deseas o necesitas. He aceptado bastante bien la idea de vivir como una mujer independiente y escandalosa.

—Entonces, por supuesto, sé tan independiente como quieras y tan escandalosa como tu corazón anhele... mientras sea únicamente conmigo —ofreció.

—¿No te importará tener una esposa poco convencional? —preguntó.

—No, pero me importaría tener una esposa que no fueras tú —respondió con sinceridad.

—Entonces deberás acudir a mi hermano y pedir mi mano nuevamente —dijo—. Si voy a ser escandalosa, bien podría hacerlo epicamente. ¿Crees que San Pablo se desmoronará sobre nuestras cabezas si elegimos casarnos allí?

Él rio suavemente al alcanzar los cordones de su vestido—. Te pediré en matrimonio otra vez, por última vez, y mientras tanto, nos esmeraremos en volvernos tan escandalosos que pondremos en peligro a toda la congregación.

Olivia suspiró feliz cuando sus dedos rozaron piel recién descubierta—. La última propuesta, y de lejos la mejor.

Burke sonrió al dejar un beso en la delicada piel sobre su corazón. Un canalla redimido y su novia escandalosa pondrían patas arribas a la alta sociedad, pero a él solo le importaba la mujer frente a sí. Era verdaderamente suya y planeaba saborear cada minuto.

FIN

OTRAS OBRAS DE CHASITY BOWLIN

También de Chasity Bowlin

A continuación encontrarás más novelas de la autora — disponibles actualmente en inglés — con enlaces universales de Books2Read para cada título.

PARANORMAL HISTORICAL ROMANCE:

THE VICTORIAN GOTHIC COLLECTION

House of Shadows

Veil of Shadows

Passage of Shadows

DARK REGENCY

The Haunting of a Duke

The Redemption of a Rogue

The Enticement of an Earl

A Love So Dark

A Passion So Strong

A Heart So Wicked

An Affair So Destined

REGENCY ROMANCE:

STANDALONE

The Beast of Bath

Worth the Wait

A Little Christmas Magic

A Mistletoe Mishap

A Private Wager

Spellbound

A Very Merry Mistake

THE HONEYWELLS

Between a Duke and a Hard Place

Stuck in the Middle With Pru

THE LOST LORDS SERIES:

The Lost Lord of Castle Black

The Vanishing of Lord Vale

The Missing Marquess of Althorn

The Resurrection of Lady Ramsleigh

The Mystery of Miss Mason

The Awakening of Lord Ambrose

A Midnight Clear: A Lost Lords Holiday Novella

Hyacinth: A Regency Romance Novella

The Pirate's Bluestocking (Pirates of Britannia)

THE HELLION CLUB SERIES:

A Rogue to Remember

Barefoot In Hyde Park

What Happens In Piccadilly

When An Earl Loves A Governess

The Duke's Magnificent Obsession

The Governess Diaries

A Dangerous Passion

The Lady Confesses

Has Anybody Seen My Earl

All I Want For Christmas Is You: A Regency Historical Romance Novella

Making Spirits Bright: A Regency Historical Romance Novella

The Boys of Summer

When the Night Closes In

The Lady In White

THE DUNNE FAMILY SERIES

The Last Offer

The First Proposal

The Other Wife

The Late Husband

The Plain Bride

The Perfect Groom

The Scandalous Elopement

The Inconvenient Compromise

THE WYLDE WALLFLOWERS…

One Wylde Night

A Kiss Gone Wylde

Too Wylde To Tame

On The Wylde Side

When Hearts Are Wylde

THE LYON"S DEN

Fall of the Lyon

Tamed By The Lyon

Lady Luck and The Lyon

The Lyon, the Liar and the Scandalous Wardrobe
